

AQUEL RESTAURANTE JUNTO AL LAGO

sonia bellido

Aquel restaurante junto al lago

Novela romántica juvenil

Sonia Bellido Aguirre

Aquel restaurante junto al lago
Novela romántica juvenil
Sonia Bellido Aguirre

Copyright © 2024 por Sonia Bellido Aguirre
Todos los Derechos Reservados.
Registrada el 21/02/2024 con el número **2402216976434**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada se presenta a efectos ilustrativos, los personajes que aparecen son modelos y no guardan relación alguna con el libro, las autoras o la temática de la obra.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en soniabellido02@gmail.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Otros libros de la autora

Capítulo 1

—Podríamos conducir a lo largo de toda la costa Este. Quizá pasar un par de días en Nueva York, visitar Washington D.C., seguir hasta Myrtle Beach en Carolina del Sur y finalmente llegar hasta Florida —propongo nerviosa, siguiendo el itinerario en la pantalla del ordenador con mi dedo índice.

—Me parece bien —asiente Kate —pero, a la vuelta, pasamos por Nueva Orleans y visitamos Nashville. Tengo que ir a la capital de la música Country y sé que mis padres no me van a llevar —reconoce encogiéndose de hombros.

Todavía quedan nueve meses. Nuestro último curso de instituto entero. Aun así, no podría contar las horas que hemos dedicado ya a planificar el dichoso viaje que haremos tras la graduación. Nos costó un mundo decidir si visitaríamos Canadá, conduciendo hacia el norte, o bajaríamos por la costa Este hacia el sur. Una vez decidido conducir hacia el sur, el único punto de conflicto es Myrtle Beach en Carolina del Sur. A mí no me apetece ir y para Kate parece indispensable.

Si exceptuamos esa parada, que centra todas nuestras discusiones, el viaje es lo que mantiene la ilusión de ambas intacta. Lo que nos ayudará a hacer más llevadero el último año de instituto. Sabemos que a partir de ese momento, será mucho más difícil vernos. Yo pretendo estudiar literatura en Texas, mientras que Kate hará una ingeniería en Boston.

Siempre hablamos de que nos veremos en las vacaciones y en alguna visita. Sin embargo, las dos somos conscientes de que, aunque eso pudiese ser verdad, sería en todo caso muy distinto a pasar prácticamente todo el día juntas, como hacemos ahora.

Conocí a Kate el primer día de instituto, cuando ella se mudó con su familia a la pequeña ciudad de Nueva Inglaterra en la que vivimos. Por pura coincidencia, nos sentamos juntas en la clase de literatura y a las dos nos unió rápidamente nuestra pasión por las letras; escribir y leer libros y el odio hacia el resto de las asignaturas.

Es una paradoja que Kate vaya a estudiar una ingeniería cuando odia la física y las matemáticas, aunque supongo que las expectativas de su familia pesan mucho para ella. El caso es que, a punto de empezar nuestro último curso de bachillerato, sigue siendo mi mejor amiga.

Escribir y viajar son mis pasiones. No sabría decir en qué orden, pero me gustaría poder unirlas algún día y dedicarme a escribir mientras conozco el mundo y sus culturas. Moriría por ser una escritora de viajes; cobrar dinero por visitar países, probar nuevos platos y conocer gente de lugares lejanos y sus culturas. Bueno, o una escritora a secas, poder vivir de mis libros y viajar a extraños parajes para documentarme.

Para mi desgracia, mi experiencia en viajes es más bien escasa. A mis padres no les sobra el dinero y mucho menos el tiempo, así que habitualmente no vamos de vacaciones. Tan solo recuerdo pequeñas escapadas alrededor de los distintos estados de Nueva Inglaterra y una vez que he estado en Colorado. Ahí se acaban mis viajes.

La vida de Kate es muy distinta. Sus padres ganan mucho dinero. Bueno, realmente, sus abuelos ya ganaban mucho dinero. Su madre es abogada y su padre trabaja en algo relacionado con las finanzas, no sé exactamente en qué, creo que ni ella misma lo sabe. Eso les ha permitido irse de vacaciones a lugares sobre los que yo nada más puedo soñar cuando me muestra las fotografías.

—Necesito conseguir un trabajo cuanto antes —sentencio, alzando ambos brazos sobre mi

cabeza—. Me quedan nueve meses para ahorrar cada centavo que gane. Será el viaje de nuestras vidas.

—Totalmente de acuerdo —responde Kate, algo avergonzada, bajando el tono de voz. Sabe que sus padres pagarán todo el dinero de su viaje y ella no tendrá que hacer esfuerzo alguno.

A pesar de vivir en un chalet con jardín y piscina, a pesar de los viajes o la ropa de marca, Kate nunca hace gala del dinero de su familia. Más bien todo lo contrario, no le gusta demasiado que se sepa. Nada que ver con otros chicos del instituto que quizá tengan menos dinero, pero que nos lo pasan por las narices a los demás cada mañana.

Pero claro, eso no indica que Kate no vaya a aprovechar los privilegios que ofrece pertenecer a su familia, como no tener que trabajar para hacer nuestro viaje, o poder elegir la universidad que quiera sin importarle el coste o las becas que pueda conseguir.

Yo no puedo quejarme, mis padres tienen salarios normales y los dos trabajan. No nos falta de nada, aunque tendrán que hacer un esfuerzo muy grande para enviarme a estudiar a una universidad fuera del Estado. No puedo pedirles dinero para ese viaje, es algo que sé que tendré que buscar por mi cuenta.

Colocando con cuidado el ordenador portátil en mi mochila, me despido de Kate para dirigirme a mi casa, con los diferentes lugares que visitaremos revoloteando sin cesar en mi cabeza, como si fuesen imágenes de una película.

Siempre he pasado muchas tardes en la casa de Kate, sobre todo durante el verano, para aprovechar la piscina. Sin embargo, ahora regreso a mi casa cada vez más tarde. Mis padres últimamente parecen estar pasando una situación complicada; se pelean constantemente por la mínima tontería y desde que mi padre ha empezado a trabajar a turnos, su carácter parece haber empeorado de manera notable.

Las gotas de agua golpean mi rostro mientras pedaleo lo más rápido que puedo hacia la zona donde vivo. Odio las típicas tormentas de verano. Sé que se acabará en poco más de media hora y que mi casa está cerca, pero la lluvia cae con suficiente fuerza como para llegar empapada.

Abriendo la puerta con cuidado, entro en la casa, tratando de no hacer ruido, aunque mis calcetines mojados me delatan con cada paso que doy. Son las once y media de la noche y mañana empiezan las clases. Aun así, a nadie de mi familia parece importarle. Mi madre ronca ya en su dormitorio, se ha quedado dormida viendo Netflix y mi padre no está. Hoy le toca turno de noche.

Muerta de cansancio, pero a la vez nerviosa por el comienzo del curso, me dejo caer pesadamente sobre la cama y me coloco unos cascos para escuchar música hasta que, poco a poco, me puede el sueño y me quedo dormida.

Capítulo 2

Tras un par de días de lluvia, aprovecho el buen tiempo para recorrer todos los negocios que conozco y entregar mi currículum en busca de trabajo.

Realmente, llamarlo currículum es ya una gran exageración. Aparte de mi nombre y mi número de teléfono, lo único que puedo poner es que estoy en el último curso de instituto. Ni un mísero trabajo de verano poseo para demostrar mi valía o tener una recomendación. Ni siquiera he cuidado a los niños pequeños de algún vecino.

Con mi "enorme" experiencia laboral, visito una tras otras las tiendas o los restaurantes de la zona, recibiendo principalmente sonrisas y buenas palabras, pero ninguna oferta de trabajo que, al fin y al cabo, es lo que busco. Necesito un sueldo, aunque sea bajo. Lo necesito como el mismo aire que respiro, o no podré hacer el viaje que tengo planeado con Kate para el próximo verano. Aun así, ni en el restaurante mexicano, ni en la librería, ni en la tienda de animales, ni en ningún otro lugar me dan demasiadas esperanzas.

Con el ánimo por los suelos, abandono el centro de la ciudad en dirección a un pequeño restaurante junto al lago. Bueno, más que un lago, es una especie de laguna. Si alguien que viva cerca de la zona de los grandes lagos nos escucha llamar a esto un lago, se moriría de la risa, pero para nosotros es "el lago".

Cuando era pequeña, solía venir a este sitio a comer con mis padres, aunque por algún motivo, hemos dejado de hacerlo. Está bastante cambiado desde la última vez que lo visité. Lo han renovado por completo y ya comienza a llegar gente a comer, y eso que es todavía temprano. Incluso han puesto un amarre para las barcas en la parte de atrás, de manera que la gente que vive en casas que dan al lago puedan venir a cenar desde la otra orilla.

En cuanto entro por la puerta me recibe una camarera muy bajita con una gran sonrisa.

—¿Prefiere comer dentro o fuera? —pregunta sin dejar de sonreír.

—Ninguna de las dos cosas —me apresuro a contestar—. Tan solo vengo a dejar mi currículum. Me gustaría trabajar aquí, en caso de que necesitéis contratar a alguien.

—Creo que vienes en buen momento, precisamente están buscando a una persona para servir mesas tres o cuatro días a la semana. Si me dejas tu currículum se lo paso a Megan, nuestra encargada, y seguramente te llamará para entrevistarte —responde la camarera bajita con su eterna sonrisa. Esta chica ya me está cayendo bien.

Le agradezco varias veces su ayuda, esperando que no se me note demasiado que estoy desesperada por encontrar un trabajo cuanto antes. Si llego a saber que aquí necesitaban a alguien, me habría ahorrado todo el paseo que me he dado esta mañana, recorriendo una tienda tras otra por el centro de la ciudad solamente para encontrar palabras vacías.

Con el corazón acelerado en mi pecho, cojo la bicicleta y me dirijo a una de las playas que tenemos cerca del lago. De nuevo, no deja de ser un eufemismo. Tenemos dos "playas" en el pueblo, alrededor del lago. Una de ellas es totalmente artificial, un terreno donde han volcado varias toneladas de arena, a la que cada año se añade más arena para dar la impresión de que es una playa de verdad, cosa que no es.

La otra no llega ni siquiera a eso. Es una zona verde, pegada al lago, que se utiliza para tomar el sol o jugar al balón, a las palas o al *frisbee*. Inocentemente, la llamamos playa, si bien su parecido con una playa real es más bien nulo.

Normalmente, suelo ir a esta última, la de hierba, aunque solo sea porque está más cerca de

mi casa y del instituto, pero prefiero la de arena, así que aprovecho para tumbarme un rato al sol y disfrutar del buen día a la espera del atardecer.

Colocando la sudadera sobre la arena, me siento sobre ella, observando un grupo de chicos que juega al vóley sin camiseta, impresionada por una chica desgarbada que juega con ellos en bikini y que tiene unas piernas interminables.

La puesta de sol va dejando un precioso color rojizo en el horizonte, un atardecer ideal junto al lago si tuviese con quién compartirlo. A pesar de llevarme bien con mucha gente en el instituto, sigo sin pareja.

Aunque, a juzgar por los disgustos que se lleva Kate con sus novios y novias, casi lo prefiero. Aun así, a veces, me gustaría poder compartir un momento como este entre los brazos de alguien a quien quiero. Sería maravilloso que alguna persona, por una vez, dejase de ver a la Amelia simpática con algunos kilos de más, para conocerme de verdad. El instituto puede ser un lugar muy cruel si no tienes un cuerpo perfecto.

***

De pronto, suena el teléfono móvil y un extraño presentimiento pesa en mi pecho como una losa. En cuanto veo el nombre de Kate en la pantalla sé que algo no va bien. Sabía que hoy me iba a dedicar a visitar los distintos establecimientos para ver si alguien me contrataba, así que es raro que me llame. Mucho más inusual sabiendo que en los momentos en los que sus padres no están en casa, aprovecha para llevar a su novia.

—Kate, ¿estás bien? —pregunto al escuchar sus sollozos apagados al otro lado de la línea.

—Es Beth, acabamos de romper —consigue responder entre suspiros de angustia.

Beth y Kate llevaban saliendo desde el día antes de San Valentín, casi siete meses ya, todo un récord para Kate o casi para cualquiera de nuestro instituto. Se conocieron en la clase de historia, la única en la que estaban juntas, cuando tuvieron que hacer un trabajo en grupo. Las dos eran las veteranas de la clase, con un curso repetido y los dieciocho años cumplidos.

Aunque Kate ya sabía desde hacía bastante tiempo que era bisexual, casi siempre había salido con chicos. Beth, en cambio, con su cuerpo escultural y su aire de chica que pasa de todo, era el objeto de deseo de todas las lesbianas de nuestro instituto. Bueno, y también de varias que no lo son.

Una vez que terminaron el proyecto de historia, Beth le pidió a Kate una cita. Fueron a tomar un café, luego al cine y ese mismo día acabaron en la cama. Desde entonces, jamás había visto a Kate tan colgada por nadie. Decir que es bastante enamoradiza, es decir muy poco, pero desde ese día, solo tenía ojitos para Beth.

Como su mejor amiga, me ha tocado escuchar lo maravillosa que era Beth en todos los sentidos, especialmente bajo las sábanas. Kate juraba que su nueva novia podía regalarle un orgasmo con solo rozarla. Sin embargo, también he tenido que arrimar el hombro para que Kate llorase cada vez que sentía que Beth no le hacía caso o no le contaba las cosas.

Con el tiempo, he llegado a comprender que dentro de ese aire de chica que está de vuelta de todo, Beth es bastante retraída. Creo que es una persona que, en el fondo, es muy tímida y prefiere colocar un muro a su alrededor para que no le hagan daño. Kate nunca lo ha visto así y entiende su dificultad a abrirse como una falta de confianza que la está matando desde hace meses. Es irónico que Kate tampoco se abra demasiado a la hora de contar lo que le ocurre, salvo que tenga que ver con el novio o la novia de turno en cada momento.

—Hemos decidido que no podemos seguir juntas —confiesa Kate entre sollozos.

—Voy para tu casa, ¿vale? Pasaré la noche contigo —anuncio decidida, sabiendo de antemano que será una noche interminable, escuchando toda su relación de principio a fin y

cómo todas las culpas serán de Beth y ninguna de ella. Supongo que para eso están las mejores amigas y, además, tampoco tengo demasiadas ganas de ir a dormir a mi casa.

Le quito el candado a mi bicicleta y pedaleo hacia la casa de Kate, sabiendo que en este tipo de situaciones entra en una espiral bastante peligrosa si no es capaz de desahogarse con alguien. Adiós a mi tarde para disfrutar del atardecer junto al lago, aunque sea sola.

Al llegar a la casa de mi amiga, su madre me abre la puerta y, al subir las escaleras, me encuentro con su dormitorio a oscuras, tan solo iluminado por una lámpara de lava. Kate está tumbada en la cama, llorando en posición fetal de espaldas a la puerta. Acercándome a ella, me subo a la cama y la abrazo, pegándome a su espalda y retirando la melena de su mejilla.

—¿Quieres hablar de ello? —susurro, acariciando su brazo derecho.

Durante un buen rato, Kate ni siquiera responde. Solamente suspiros y sollozos salen de su boca, hasta que, con la voz quebrada por el llanto, empieza a soltarse.

—Le dije que si se podía pasar por casa tras el trabajo, porque hacía tiempo que no estábamos juntas y mis padres no estaban —admite, sonándose la nariz con un pañuelo de papel que mantiene apretado en su mano.

—Vale, y… ¿qué ha pasado? —inquiero con un beso cariñoso en la mejilla mientras peino su cabello entre mis dedos.

—Empezamos a ver una película y a besarnos y, de repente, comenzamos a discutir. La misma mierda de siempre, le recriminé que sea tan distante. Me mata que no me cuente sus preocupaciones —confiesa, cerrando los ojos y negando con la cabeza.

En vista de que el pañuelo de papel se encuentra ya en unas condiciones lamentables, me incorporo para traerle dos pañuelos más y un vaso de agua que tenía sobre la mesita de noche, antes de que empiece a hablar de nuevo, ahora un poco más calmada.

—Beth se ha quejado de que siempre estaba presionándola para que me cuente sus preocupaciones. Me dijo que no se sentía cómoda hablando de sus problemas. Me recriminó que ojalá pudiese aceptarla tal y como es y no como yo quiero que sea. Dijo que no podía aguantar más tanta presión, que bastante tenía ya en su casa —confiesa Kate en tono bajo, con un claro gesto de dolor.

—Lo siento —es todo lo que puedo decir mientras la abrazo y acaricio su pelo intentando que se calme.

Permanecemos un buen rato simplemente abrazadas, ella sollozando y yo intentando que se tranquilice, hasta que las dos nos vamos quedando dormidas; Kate muy inquieta y yo tratando de imaginar el dolor que debe de sentirse en una situación en la que rompes con tu pareja, la sensación de que algo importante en tu vida se acaba para siempre.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, la cara de Kate es todo un poema. Sus ojos están rojos e hinchados de llorar toda la noche, la ruptura con Beth le está sentando incluso peor de lo que me temía. Yo, por mi parte, llego con ella al instituto con la misma ropa del día anterior, tras una ducha rápida y toneladas de desodorante para quitar el posible mal olor.

—¿Qué hago si me la encuentro? No quiero cruzarme con ella —se queja Kate, preocupada nada más cruzar la puerta del instituto.

Suspiro hondo y me la llevo de la mano a un lugar más apartado, antes de llegar a la zona de nuestras taquillas. Le aseguro, sin estar yo misma convencida, que las posibilidades de encontrarse a Beth son bastante remotas, porque hoy no coinciden juntas en ninguna de las clases. Le prometo incluso que nos sentaremos en una esquina del comedor a la hora del almuerzo, para que nadie se fije en nosotras.

Kate asiente con la cabeza, apretando el puente de su nariz y tratando de contener las lágrimas, mientras nos dirigimos a nuestra primera clase.

Muerta de sueño, encuentro un sitio para ambas en la parte de atrás del aula. Clase de historia, la asignatura que mejor se me da y un auténtico rollazo de profesor.

Es uno de esos que habla y habla sin parar, sin importarle que los alumnos estén siguiendo la lección o no. Un profesor que no interrumpirá la clase por nada del mundo, y que tampoco se dedicará a hacer ninguna pregunta, simplemente dará una lección que ha dado cada año, seguramente en las mismas fechas.

La clase perfecta para echar una siesta y recuperar el sueño que hemos perdido la noche anterior.

Kate se queda dormida nada más empezar la lección, pero, mi mala suerte quiere que, desde el sitio en que nos hemos sentado, tenga una visión perfecta de Eric Rosales, mi crush desde hace dos años.

Conozco a Eric desde prácticamente el día en que nacimos. Sus padres viven muy cerca de mi casa y hemos ido al colegio juntos desde niños, algo muy típico en una pequeña localidad como la nuestra. Sin embargo, las veces en las que hemos hablado en todos esos años se pueden contar con los dedos de una mano y no sé demasiado sobre él.

Lo único que sí sé es que mi cara se ilumina cada vez que le veo sonreír, incluso si es tan solo una minúscula sonrisa.

Sé que es una de las estrellas del equipo de fútbol, lo que le convierte de inmediato, y para mi desgracia, en uno de los chicos populares de la escuela. Sé que me puedo perder en esos grandes ojos negros cada vez que le miro. Que es guapo, simpático y que en estos momentos no está saliendo con nadie. También sé que es difícil que se fije en una chica algo gordita, tímida y del montón como yo.

Antes de llegar al instituto, cuando empezamos primaria, le conocía como el niño que lloraba todas las mañanas cuando su madre le dejaba en el autobús del colegio. Siempre hemos tenido al menos un par de clases juntos y, en primaria, muchas más porque el colegio era más pequeño.

Recuerdo un partido de baloncesto en la clase de educación física en el que nos tocó en el mismo equipo, de algún modo conseguí darle un pase y él encestó la canasta. Corrió hacia mí para agradecérmelo con una sonrisa tan sincera que casi me provoca un micro infarto.

Otro año nos tocó hacer un trabajo juntos en la clase de física. Nuestro grupo estaba

compuesto por cinco personas, pero yo solo soy capaz de recordar su sonrisa y sus ojos.

Sin embargo, cuando empezó de verdad a ser mi crush fue en tercero de instituto, en el momento en el que fui a mi primer partido de fútbol a animar al equipo. Ese día estuvo tremendamente inspirado y sentir cómo todo el pequeño estadio coreaba su nombre hizo que me temblaran las piernas.

Se me caía la baba al verle correr por el campo o con cada pase que daba. Todo él me parecía pura magia. Desde entonces, no me he vuelto a perder un partido de fútbol, aunque rara vez recuerdo el resultado y nunca la clasificación. Solo me interesa Eric Rosales.

***

A la hora de la comida, me siento con Kate en una mesa algo separada del resto y el teléfono móvil empieza a vibrar dentro del bolsillo de mis pantalones vaqueros. No suelo contestar a ninguna llamada cuyos números no tengo identificados. Aun así, tras dejar infinidad de currículums el día anterior, no me queda más remedio que responder. Hasta ahora, las tres personas que han llamado ha sido para decirme que no cuentan conmigo.

—¿Sí? —respondo con algo de miedo.

—Hola, ¿puedo hablar con Amelia Harris, por favor? —pregunta una voz algo chillona al otro lado de la línea.

—Soy yo.

—Hola, me llamo Megan, del restaurante Dockers, junto al lago. He visto que has dejado aquí tu currículum y me gustaría hacerte algunas preguntas si tienes tiempo —anuncia mi interlocutora en tono jovial.

—Sí, por supuesto, —tercio con una sonrisa de oreja a oreja, haciendo un gesto a Kate con el pulgar en alto.

—Veo en tu currículum que no tienes ninguna experiencia laboral, pero que has hecho trabajo de voluntariado en una residencia de ancianos, ¿me puedes explicar en qué consiste esa labor? —pregunta la encargada del Dockers y, o está interesada de verdad, o lo finge muy bien.

Le explico mi trabajo de voluntariado con todo el detalle del que soy capaz, quizá con más detalle del que hubiese sido necesario, a juzgar por los gestos de mi amiga Kate, diciéndome que corte la conversación, que me estoy alargando demasiado. Sin embargo, el trabajo de voluntariado en la residencia de ancianos es algo que me encanta hacer.

A veces es duro, pero, normalmente, el cariño que refleja su rostro cuando les haces caso, incluso las veces que no te reconocen por la demencia senil, es estremecedor. Es algo que haré toda mi vida si tengo la oportunidad.

—Además de tu voluntariado en la residencia de ancianos, ¿tienes alguna otra experiencia que no hayas puesto en el currículum? —insiste la mujer al otro lado de la línea. Seguramente estará perpleja de que no haya hecho nada de nada.

—He estado ayudando el verano pasado en un campamento para niños con necesidades especiales, pero no lo he puesto porque fueron solamente quince días —admito, encogiéndome de hombros, aunque ella no pueda verme.

—Genial. Preferiríamos contratar a alguien con experiencia en hostelería, pero se ve que te preocupas por las personas y eso, aunque no lo parezca, es importante para este trabajo. Si estás disponible de seis a diez de lunes a sábado, el trabajo es tuyo —expone la encargada del restaurante del lago ante mi sorpresa.

Asegurándole que no tengo ningún problema para trabajar en esas horas y que puedo empezar esta misma tarde si es preciso, cuelgo el teléfono todavía con las manos temblando y el corazón latiendo tan fuerte que parece quererse salir de mi pecho.

—¿Estás loca? ¿Cómo vas a trabajar tantas horas? ¿Cuándo piensas estudiar? Acabarás rayada de la cabeza como Beth de tanto trabajar durante el curso —se queja Kate, haciendo una mueca de disgusto al comprender que se han acabado nuestras tardes de Netflix y palomitas los días en que hay pocos deberes.

En ese momento recuerdo que Kate me había comentado más de una vez que su exnovia trabaja todos los días al salir del instituto, y también los fines de semana.

Al parecer, sus padres están en el paro o algo así, o al menos uno de ellos, y tiene que ayudar en casa con el dinero. Kate siempre se ha quejado de que eso les dejaba muy poco tiempo para salir y estar juntas. Incluso creo recordar que una vez me comentó que iba a intentar trabajar en ese mismo restaurante, aunque supongo que no consiguió el puesto, porque nunca más lo volvió a mencionar.

Es una ironía que ahora me recrimine que vaya a pasar mucho tiempo trabajando, cuando precisamente lo hago para ahorrar el suficiente dinero como para poder irnos un mes entero de vacaciones este verano. No todas tenemos la suerte de nacer en una familia donde nuestros padres nos pagan el viaje como le ocurre a ella.

En cualquier caso, decido no discutir y recibir su comentario con una amplia sonrisa. Creo que es lo más aconsejable, acordándome del día de mierda que ha tenido ayer con su ruptura con Beth. Lo último que necesita ahora mismo la pobre es una pelea con su mejor amiga.

Debido a una reunión de profesores por el inicio de curso, nos dejan salir dos horas antes, cosa que aprovecho para acompañar a Kate hasta el lago, esta vez a la zona de césped que está cerca del instituto.

Allí nos sentamos bajo un árbol, cerca del agua, disfrutando de la brisa en nuestros rostros. Aprovechamos para relajarnos con la tranquilidad del ambiente, mientras observamos a una familia de patos salir del agua y colocarse tímidamente en la orilla para secarse al sol.

—Solía venir con Beth a nadar a esta zona del lago durante el verano —interrumpe Kate con un largo suspiro—. Le encantaba nadar y a mí verla en bikini, tiene un cuerpo increíble. No me puedo creer que lo echase todo a perder.

—Tú no has echado a perder nada, Kate —le aseguro, cogiendo su mano entre las mías y apretándola suavemente—. Algunas relaciones funcionan y otras no. No necesariamente es culpa tuya o de ella, simplemente no ha funcionado.

—Solo que en este caso me he empeñado en convertirla en una persona que no era y ahora ya no está —se queja con melancolía.

—El hecho de que quisieses que fuese otra persona, quizá indica que no era la adecuada para ti —le recuerdo sin saber qué decir.

—Eso ha sido un poco cruel —recrimina, dejando escapar un pequeño bufido.

—Lo siento, no pretendía hacerte daño, pero, aun así, pienso que es la verdad. Si no te gustaba cómo era y preferías que fuese de otro modo, quizá simplemente no estabais hechas la una para la otra—insisto encogiéndome de hombros.

—¡Qué lástima que no te gusten las chicas! —exclama de pronto haciéndome temblar.

—Realmente no lo sé. No tengo ninguna experiencia con nadie, ni chico ni chica. Ni siquiera me han dado un beso —admito, bajando la mirada.

—Un día deberíamos probar con un beso a ver si sientes algo —susurra Kate con un guiño de ojo.

—Por mí vale —confieso con un hilo de voz y un temblor en las manos que soy incapaz de disimular.

—¡Estás loca, joder! Somos mejores amigas. Sería súper raro que nos besáramos. Acabarás

con Eric Rosales, ya lo verás —bromea, dejándome con el corazón palpitando y una extraña sensación en la parte baja del vientre.

Capítulo 4

Kate ha luchado toda su vida contra la depresión y la ansiedad. Recuerdo que una vez me comentó que desde pequeña, a veces, se veía invadida por un sentimiento de desasosiego y melancolía que ella asumía como algo natural en casi todos los niños.

Aproximadamente a los trece años, sus padres se lo tomaron en serio y decidieron llevarla a un psicólogo con el que todavía trabaja. Le ha ayudado a superarlo, aunque se ve obligada a tomar unas pastillas para aguantar los peores momentos.

Ha mejorado muchísimo. Aun así, cuando intervienen factores externos que añaden estrés, como en el caso de sus rupturas amorosas, las cosas se complican.

Tenía ella dieciséis años y yo quince cuando me lo dijo. Por algún motivo que no recuerdo, ese día nos habíamos peleado y yo la acusé de ser una persona negativa. Kate me confesó aquella mañana que estaba pasando por una etapa especialmente fuerte de depresión por culpa de su primera ruptura y que llevaba años acudiendo a un psicólogo.

Fue también por aquel entonces cuando Kate descubrió que era bisexual. En aquella época comprendió que se sentía atraída tanto por chicos, como por chicas. Al principio, sus padres se lo tomaron bastante mal, insistieron una y otra vez que eso era solamente una fase por la que estaba pasando. Algo típico de la adolescencia donde tus hormonas están disparadas y confunden tus ideas. O quizá una fase rebelde para incomodar a sus padres y llamar la atención.

Su madre se lo tomó especialmente mal, mucho peor que su padre. Le llegó a decir que ser bisexual era tan solo un mito para tener más sexo y que arruinaría su reputación en el instituto si la gente se enteraba. Desde siempre, su madre ha querido que Kate fuese una copia mejorada de ella misma cuando iba al instituto; una Barbie sin cerebro que solo vivía para pertenecer al grupo de las populares.

En su cabeza, y sin darse cuenta de que los tiempos han cambiado, declararse abiertamente bisexual arruinaría todas sus opciones de ser popular. Por supuesto, lo que debía hacer es unirse al equipo de animadoras como ella había hecho a su edad y llegar a ser su capitana.

Esas conversaciones con sus padres hicieron que Kate se sintiese muy mal durante meses, avergonzada de lo que sentía, confusa con su sexualidad. Estaba dolida por la falta de respeto y empatía que mostraban. Su psicólogo hizo un gran trabajo explicándole que hay varias opciones sexuales y que ninguna es mejor o peor que las demás. Eso consiguió que mejorase, pero nunca más volvió a hablar con sus padres sobre relaciones amorosas o sexualidad. Habían perdido su confianza.

A partir de ese momento, he sido yo la encargada de escuchar cada uno de los detalles de sus relaciones, incluyendo los más íntimos. He sido yo, de nuevo, la que debía aportar un hombro sobre el que llorar cada vez que una de sus relaciones salía mal.

Y la ruptura con Beth está siendo la peor de todas. Nunca la había visto tomárselo así de mal. Se arrepiente una y otra vez de haber forzado a su exnovia a abrirse más cuando no le apetecía hacerlo. A pesar de lo inteligente que es para otras cosas, a veces, Kate no comprende que su felicidad no depende de tener o no pareja. No entiende que para estar bien con alguien primero debes estar bien contigo misma.

Es como si no se sintiese completa cuando no está dentro de una relación, como si se sintiese insegura. En el fondo lo tiene todo; es guapa, lista, sus padres tienen dinero y, sin embargo, no puede estar más de unos días sin salir con alguien, como si se sintiese menos válida por no tener

una relación. No lo entiendo, la verdad es que nunca he conseguido entenderlo.

A veces, bromea diciéndome que soy asexual, porque todavía no he tenido ninguna relación y ya estamos en nuestro último año de instituto. No lo creo. Siento las hormonas igual que ella, la única diferencia es que yo no le doy tanta importancia a estar junto a otra persona. Bueno, y quizá que mi físico, con algunos kilos de más, no gusta tanto como el suyo.

***

Me tiemblan las piernas cuando me presento en mi primer día de trabajo en el restaurante Dockers. El sitio me encanta, está decorado con un estilo marinero, a pesar de que en el lago hay más bien poca pesca. Han colocado grandes redes colgadas de las paredes, nudos marineros, fotografías de veleros, incluso una enorme ancla a la entrada del local.

Nada más llegar, me reúno con Megan, la encargada del restaurante. Es una mujer rubia y muy simpática, con el pelo recogido en una cola de caballo, que me entrega el uniforme en el que tendré que trabajar.

Al menos, es un uniforme bastante decente, nada llamativo o ridículo. La única pega que le puedo poner es que la falda está un poco corta y yo tengo bastante muslo, no me gusta llevar faldas tan cortas. Me causa un poco de inseguridad.

—Como parece que tienes don de gentes, te vamos a poner de camarera la mayor parte del tiempo —informa Megan con una gran sonrisa de oreja a oreja—. Al final del día pasarás por la cocina para ayudar con los platos.

Atravieso el local a grandes pasos detrás de ella, hasta llegar a la entrada del restaurante. Allí me presenta a Izzie, la chica que me atendió el primer día que vine y que parece cumplir por los pelos la edad legal para trabajar.

—Esta es Izzie, aunque creo que ya la conoces —exclama nuestra jefa—. Ella se encargará de explicarte lo que tienes que hacer durante los primeros días. Yo estaré en la oficina si alguna de las dos necesitáis algo.

Izzie me comenta que ha empezado a trabajar en el restaurante a principios del verano. Al parecer, sus padres se empeñaron en que buscase un trabajo en cuanto cumpliese los dieciséis y aprovechó que en este sitio necesitaban gente. Afirma estar muy contenta tanto con el ambiente de trabajo como con la paga. Asegura también que Megan, nuestra jefa, es muy maja con los empleados, lo que me deja mucho más tranquila porque me gustaría aguantar aquí hasta el próximo verano.

La miro con los ojos como platos mientras habla y habla sin parar, explicándome los entresijos del trabajo y el funcionamiento de una tablet que debemos llevar con nosotras para hacernos cargo de los pedidos.

—¿Qué tal va todo, chicas? —pregunta Megan saliendo de su oficina cuando apenas quedan diez minutos para las nueve de la noche.

Tras asegurarle que me estoy adaptando sin ningún problema a mi nuevo trabajo de camarera, mi jefa me indica que le gustaría que echase una mano en la cocina para ayudar a la chica que se encarga de limpiar los platos.

—Normalmente, haremos esto —explica—. Ayudarás a Izzie con los clientes y cuando pase la hora punta de las cenas, pasarás a la cocina para ayudar con los platos.

Encogiéndome de hombros, sigo a mi jefa zigzagueando entre las mesas del comedor. Siempre camina muy rápido, pasamos por delante de su oficina, su mesa está muy desordenada y llena de papeles y llegamos hasta la zona de la cocina. Al entrar, me doy cuenta enseguida de su mayor humedad, toda repleta de mostradores de acero inoxidable.

Allí me encuentro con una chica alta, de piernas largas. Viste una camiseta que deja al

descubierto unos hombros preciosos, bien definidos. Se afana por quitar los restos de comida de los platos antes de meterlos en un enorme lavavajillas industrial. Ha peinado su cola de caballo con demasiada prisa.

Al escuchar nuestros pasos, la chica se da la vuelta con una sonrisa maravillosa, un mechón de cabello tapando parte de su cara, y casi se me hiela la sangre al encontrarme frente a frente con los profundos ojos oscuros de Beth clavados en los míos.

Capítulo 5

—Amelia, te presento a Beth —exclama nuestra jefa en cuanto la ex de Kate se da la vuelta al escucharnos entrar—. Ella te explicará lo que debes hacer en la cocina.

Las dos nos quedamos paralizadas por unos instantes. Supongo que ninguna esperaba verse en esta incómoda situación. Creo que he debido de ponerme un poco roja, porque Megan me asegura que tardaré un tiempo en acostumbrarme al calor de la zona en la que se limpian los platos.

Trato de sonreír y le dedico una última mirada a mi jefa, antes de desviarla hacia el suelo. No quiero encontrarme de nuevo con los profundos ojos negros de Beth.

—Cada día, terminarás tu turno de trabajo ayudando a Beth con los platos, salvo que haya mucha gente en el restaurante —indica nuestra jefa, dirigiéndose a mí sin percatarse de la incómoda situación.

Asiento con la cabeza, asegurándole que no hay problema por mi parte. Mientras tanto, pienso que lo que menos me apetece en este mundo es trabajar junto a la ex novia de Kate justo cuando acaban de romper. ¿De verdad tengo que estar con ella cuando tengo a mi mejor amiga llorando en mi hombro cada día?

Megan me explica que los viernes, y quizá los sábados, tendremos a otra persona para ayudarnos, pero que el resto de los días seremos nosotras dos solas, lo que complica aún más la situación.

—Genial, sin problema —le aseguro, obligándome a forzar una incómoda sonrisa en mis labios.

Por unos instantes, se me pasa por la cabeza dejar el trabajo en este mismo momento, pero necesito el dinero para ir de vacaciones con Kate este verano. Por otro lado, el restaurante me encanta, el trabajo sirviendo las mesas junto a Izzie ha sido muy entretenido y hemos conectado muy bien.

Tendré que decírselo a Kate. Debe saber que estoy trabajando con su ex, aunque sea solamente una o dos horas cada día. Después de todo, lo hago para poder ir de vacaciones con ella, aunque sé que no le hará ninguna gracia cuando se lo diga.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto una vez que Megan sale por la puerta, como si fuese la primera vez que veo a Beth en mi vida. Imaginando que ni la conozco.

—Ayúdate con ese cepillo y dirige el agua a presión sobre los platos hasta que los restos de comida se desprendan. A continuación, me los das a mí para meterlos en el lavavajillas —responde sin ni siquiera dignarse a mirarme a la cara.

Obedezco sin rechistar, pensando en que no entiendo qué es lo que ha visto Kate en esta chica, porque es una antipática. Ya no me caía demasiado bien cuando estaba saliendo con mi amiga, pero, ahora que lo han dejado, me cae aún peor. Que haga como que no nos conocemos, ya es la gota que colma el vaso, aunque yo esté haciendo lo mismo.

—¿Cómo está Kate? —masculla con tan solo un hilo de voz cuando ya hemos pasado más de una hora sin dirigirnos la palabra.

—No demasiado bien, como te puedes imaginar —admito, dirigiéndole una mirada asesina.

—Siento que haya terminado así después de tantos meses juntas —confiesa, dejando escapar un fuerte suspiro y negando con la cabeza.

—Kate te quería de verdad, Beth —le aseguro muy seria—. Está sufriendo mucho.

La exnovia de mi amiga no responde. Se limita a meter los platos en el lavavajillas industrial sin decir ni una sola palabra. Deja pasar el poco tiempo de trabajo que nos queda en un incómodo silencio, uno de esos que casi se puede cortar con cualquiera de los cuchillos de esta cocina.

—Dile que siento que esté mal —susurra con prisas, pasando a mi lado antes de abandonar el restaurante.

***

Regreso a mi casa casi a las once de la noche, exhausta en el más amplio sentido de la palabra. Mi primer día de trabajo ha sido agotador y las dos últimas horas junto a Beth en la cocina, demasiado tensas.

Me desprendo de la ropa nada más entrar en mi dormitorio, cubierta del olor a comida frita del restaurante, que se ha quedado metido en las prendas que llevaba puestas y en mi pelo.

Demasiado cansada para dormir, me pongo una camiseta que me queda muy grande a modo de camisón y me tumbo en la cama para escuchar un poco de música antes de terminar los deberes del día siguiente.

El trabajo va a ser agotador y, cuando llegue la época de los exámenes, no sé lo que voy a hacer. Tendré que sacar tiempo de debajo de las piedras. Aun así, lo peor de todo serán las dos horas que debo trabajar junto a Beth cada día. Ojalá no tuviese que estar con ella, ojalá fuese simplemente salir del instituto, ir a trabajar, ganar algo de dinero para el viaje y volver a casa. Algo sencillo, nada de dramas en el proceso. ¿Por qué la vida tiene que ser tan complicada?

Ojalá Eric Rosales trabajase conmigo en esa cocina en vez de Beth. Sin querer, imagino sus fuertes hombros, sus brazos descubiertos mientras le paso los platos sucios para meter en el lavavajillas en vez de a la ex de mi amiga. Nuestros dedos rozándose al hacerlo, creando corrientes eléctricas entre nosotras…

El mero hecho de pensar en Eric me relaja y me acabo durmiendo por el cansancio, pensando en él, sin ni siquiera hacer los deberes para el día siguiente.

Capítulo 6

Un estruendo me despierta de manera brusca, sacándome de un sueño profundo. Alguien llama con fuerza a la puerta de mi habitación. ¡Mierda! Miro el reloj y son ya las nueve y media pasadas. Hace tiempo que debía estar en el instituto y mi padre se ha puesto como una fiera al ver que sigo metida en la cama.

Cuando le toca turno de noche, regresa a casa muy cansado y con cara de pocos amigos, menos mal que yo suelo estar en clase a esas horas. Sospecho que esa es una de las razones por las que mis padres discuten tanto últimamente. Desde hace un año, mi padre varía los horarios de sus turnos, unas semanas trabaja por la mañana, otras por la tarde y otras por la noche y, cuando le toca el horario nocturno, no hay quien le aguante.

Busco con desesperación por el armario, poniéndome lo primero que encuentro y salgo de casa corriendo, sin ni siquiera desayunar o darme una ducha, mientras mi padre me grita sin cesar a pesar de que no le estoy escuchando.

Desde que he cumplido los quince años no nos llevamos demasiado bien. Discutimos por cualquier tontería, y eso que voy a pocas fiestas y todavía no he salido con nadie, no quiero ni pensar lo que ocurrirá cuando lo haga.

Tampoco es que me lleve mucho mejor con mi madre. Siempre ha querido que sea doña perfecta. Nunca me ha costado estudiar y no he dado problemas en casa, pero no le parece suficiente. Por fortuna, mi madre parece haber tirado la toalla conmigo, en los últimos seis meses apenas me dirige la palabra. Es un poco triste, pero, al menos, no me da el coñazo.

Pedaleando con todas mis fuerzas sobre la bicicleta, consigo llegar al instituto justo a tiempo para la tercera clase. Eso significa perderme mi clase favorita, la primera hora en la que coincido con Eric Rosales, la clase en la que puedo quedarme embobada mirándole todo el período, imaginando que me besa con cariño. En cualquier caso, la clase de matemáticas no se me hace demasiado larga, posiblemente porque me la paso repasando mentalmente, una y otra vez, cómo le contaré a Kate que voy a trabajar junto a su exnovia.

—Beth trabaja en el Dockers —le suelto de repente a la hora de la comida. Prefiero hacerlo de golpe, como quien se quita una tirita o la cera caliente para depilarse. Duele, pero es rápido.

Inicialmente, sus ojos se abren como platos, me observa con el ceño fruncido, como si estuviese molesta. Sin embargo, justo cuando creo que se va a poner histérica, quizá a gritar, logra recomponerse en el último momento.

—Ah —responde, mirándose los pies, como si no le importase lo más mínimo—. Sabía que había dejado allí el currículum, supongo que al final ha conseguido esa mierda de trabajo.

Ya, esa mierda de trabajo es el mismo que yo tengo, pero prefiero no discutir.

—Lleva varios meses trabajando allí, ¿no lo sabías? —pregunto confusa.

—No. Trabaja en muchos sitios, tantos que pierdo la cuenta, nunca tenía tiempo para mí —se queja, soltando un pequeño bufido.

—¿Quieres que deje el trabajo para no coincidir con ella? —inquiero temerosa, suplicando para mis adentros que no me responda que sí.

—No, no me importa, sobreviviré —indica Kate, haciendo una mueca de disgusto con la mano, como si estuviese apartando a una mosca.

Me quedo un poco extrañada. Ayer, no cesaba de llorar cada vez que se mencionaba el nombre de Beth y, en cambio, hoy no parece que le esté afectando demasiado. Sin embargo,

justo cuando voy a contestar, escuchamos el sonido de la banda de música del instituto y las animadoras, junto con el equipo de fútbol, entran en el comedor.

Esta semana se celebra un gran partido y, desde la dirección del instituto, han decidido que sería una buena idea ir caldeando el ambiente desde el lunes para crear una atmósfera propicia.

—Se te van a salir los ojitos —bromea Kate al ver que mi mirada está fija en Eric Rosales.

—¡Déjalo ya! —replico, dándole un pequeño golpe en el hombro sin apartar mis ojos de Eric y tratando de que no se me escape un suspiro.

Cuando nuestras miradas se encuentran y me dedica un guiño de ojo, o eso creo ver, mi corazón da un salto mortal y comienzo a temblar de la cabeza a los pies. Desearía haber salido de casa a tiempo, duchada y con un atuendo más adecuado que la sudadera desgastada que llevo puesta.

—Ya está —exclamo, levantando las manos en señal de rendición—. De esta semana no pasa. En vista de que no me dice nada, se lo voy a decir yo a él.

—¡Sí! —grita Kate ilusionada—. Haríais muy buena pareja juntos y siempre me pareció muy romántico que sea la chica la que se declare, hay que acabar con los estereotipos de tiempos pasados. Puede que no te diga nada simplemente porque es tímido.

Mi corazón late con tanta fuerza dentro del pecho que creo que puedo morir de amor en cualquier momento y mis ojos brillan de ilusión. El único problema es encontrar el momento adecuado para decírselo y, sobre todo, las palabras o la valentía para hacerlo.

***

Nos situamos con algunas amigas del curso en las gradas del estadio de fútbol, listas para animar al equipo del instituto en el partido. Nos han dibujado pequeñas avispas en las mejillas, en referencia a la mascota de nuestro equipo y vamos todas vestidas con una sudadera del instituto. No es que a ninguna de las que estamos allí nos guste el fútbol. A algunas lo que les gusta son los jugadores. Otras, simplemente disfrutan de la Coca Cola, los perritos calientes, los nachos y del ambiente festivo. Sobre todo, tienes que dejarte ver en el partido de los viernes. Es una regla no escrita del instituto. No importa tu escala social dentro del centro, tienes que estar allí.

Otros institutos de los alrededores tienen un baile por estas fechas. En el nuestro se canceló hace ya varios años. Nadie recuerda lo que ocurrió, no se sabe el motivo y, si lo recuerdan, no lo dicen. Lo único que sabemos es que el último año en el que se celebró el baile fue en 2012. Desde entonces, nunca más ha habido un baile en estas fechas, dejándonos solamente con el baile de fin de curso, para el que tengo que buscar una pareja, sí o sí, o seré la rara del curso.

Odio la tremenda presión que somete el sistema educativo a los alumnos con esa mierda de bailes. Te obligan a pasar todo el curso buscando una pareja con la que acudir. Imagino que los alumnos populares o las animadoras deben pasárselo muy bien, eligiendo entre varias posibilidades y rechazando al resto como apestados, pero, para las que somos normalitas o tenemos algún kilo de más como yo, supone una presión añadida que no nos viene nada bien.

Mientras le cuento a Kate mi plan para declararme a Eric Rosales por enésima vez, todo mi cuerpo tiembla de nerviosismo. Me sudan las manos y hablo demasiado rápido. Kate acaricia mi brazo derecho, tratando de infundirme valor, pero creo que no he estado más nerviosa en toda mi vida.

—¡A por él! —exclama mi amiga cuando observamos que el equipo de fútbol abandona el campo tras terminar la primera parte del partido.

Temblando, corro hasta la parte baja de las gradas, justo pegada al túnel de vestuarios por donde empiezan a pasar los primeros jugadores, a un metro escaso de donde me encuentro. Kate

no me ha servido de mucha ayuda a la hora de planificar lo que le voy a decir, porque ella nunca se ha tenido que declarar a nadie. Siempre han sido otros o, en el caso de Beth, otra la que le ha pedido salir.

La muy cabrona tiene un cuerpo perfecto. Come lo que le da la gana y no engorda, no como yo, que estoy siempre apuntada a alguna dieta y contando mis calorías para no pasarme. Para rematarlo, la ropa cara y las sesiones de peluquería y manicura consiguen que luzca incluso mejor de lo que lo haría en condiciones normales, que ya es mucho.

Quizá Kate tenga razón y deba vestir con otra cosa que no sea siempre una sudadera grande o una camiseta. Puede que tenga que dejarme el pelo más largo y no llevar un corte de pelo "a lo chico" como ella dice.

No lo sé, el caso es que en mi último año de instituto ni siquiera le he dado nunca un beso a nadie y eso me empieza a crear un poco de ansiedad. Ni siquiera es por mí, sino por todas las veces que me lo repiten mis amigas. Otra vez la mierda de sistema que tenemos, con su presión social para tener pareja.

Cuando observo a Eric Rosales acercándose con paso decidido al túnel de vestuarios, cerca del lugar donde me encuentro, todo mi cuerpo tiembla. Estoy tan nerviosa que creo que en cualquier momento puedo desmayarme. Las luces del estadio de fútbol iluminan artificialmente la noche con tanta intensidad que ciega los ojos, mientras tanto, trato de que mis pulmones cooperen e inspiren el aire necesario para empezar a hablar. O para no caer desmayada.

Por fin aparece Eric, sudoroso tras el esfuerzo, despeinado, pero siempre guapísimo.

—¡Eric! ¡Eric Rosales! —grito desde la grada donde me encuentro cuando pasa junto a mí.

Al escuchar su nombre, se detiene y me mira. Una mirada tan dulce que creo que me puedo morir de amor en cualquier instante.

—¿Sí? —contesta, clavándome sus ojos negros.

Suspiro, perdida en la intensidad de sus ojos, derritiéndome al observar su sonrisa, temblando al imaginar en mi mente su fuerte torso desnudo. El resto de los jugadores se da cuenta y sonríen, mirándose entre ellos y haciendo pequeños comentarios. Quizá Eric les haya dicho que le gusto. Ojalá pudiese congelar este momento en el tiempo y recordarlo para siempre, con Eric Morales mirándome a los ojos y mis rodillas temblando.

—Estoy enamorada de ti —suelto del tirón, sin apenas darme cuenta de lo que estoy diciendo, sin ser capaz de recordar lo que había planificado.

—¿Qué? —pregunta Eric arqueando las cejas.

—Estoy enamorada de ti, lo he estado desde que te conocí por primera vez —repito, sin importarme las risas de la gente que me rodea.

—Gracias, supongo. ¿Nos conocemos de algo? —pregunta, helándome la sangre.

Mi corazón se detiene al escuchar sus palabras. Me pongo tan nerviosa que creo que voy a vomitar o me caeré al suelo desmayada. Joder, le conozco desde hace años, hemos estado en cantidad de clases juntos.

¿Por qué está siendo tan imbécil? No lo entiendo. Está siendo imbécil y cruel, sabe perfectamente quién soy. Si no le interesa solo tiene que decirlo, no es necesario hacerme daño.

—Para un polvo rápido está pasable, dicen que todavía es virgen —bromea uno de sus compañeros, dándole un codazo mientras el resto ríe, dirigiendo sus miradas hacia donde me encuentro.

Las lágrimas se escapan a borbotones de mis ojos, no puedo evitarlo. Un dolor corta mi corazón con mayor profundidad de lo que lo haría un cuchillo. ¡Putos cerdos, joder! ¿Por qué tienen que hacer daño a la gente? ¿Qué les he hecho? Mi único pecado ha sido confesarle mi

amor. Incluso si no le interesa, debería sentirse halagado, no mofarse de mí con los idiotas de sus compañeros.

Entre sollozos, limpiándome las lágrimas con la manga de la sudadera, observo cómo el equipo de fútbol desaparece por el túnel de vestuarios, quedándome destrozada y abatida.

Sin rumbo, camino por el aparcamiento que hay en las afueras del estadio hasta que me siento bajo un poste de luz. Abrazo mis rodillas mientras lloro desconsolada. Sus palabras y las de su amigo resuenan sin cesar en mi cabeza, una y otra vez, hasta que Kate me encuentra.

—La primera vez que te rompen el corazón duele mucho, bienvenida al club, ahora ya sabes lo que se siente —exclama, poniéndose de cuclillas a mi lado y acariciando mi brazo derecho.

—¿Has escuchado lo que me ha dicho? ¿Y el comentario de su amigo? —pregunto todavía incapaz de comprender.

—Los tíos son unos cerdos —admite encogiéndose de hombros y secando una lágrima que rueda por mi mejilla—. Y algunas tías, como Beth, también.

Capítulo 7

Poco a poco, el tiempo culmina su labor. Kate se va olvidando de Beth mientras yo empiezo a dejar atrás esa noche en la que Eric Rosales rompió mi corazón. Han pasado ya cuatro meses y el invierno nos devuelve el frío un año más, cubriendo los alrededores del lago de un precioso manto blanco helado.

Cada día, acudo al trabajo con mis botas de nieve y cubierta con ropa de abrigo, aunque el ajetreo en el restaurante nada tiene que ver con los meses de verano. En invierno, el trabajo en el Dockers es mucho más llevadero. La capa de hielo que cubre el lago anula la posibilidad de que los clientes acudan en sus lanchas, atravesando las aguas y los días más cortos y oscuros no invitan a venir durante los días de semana.

Por fortuna, Megan ha decidido no despedir a ninguno de los empleados que trabajamos allí, simplemente nos ha reducido el horario y lo ha hecho más flexible. Eso es algo que a mí me ha venido muy bien en la época de exámenes, porque no podría aguantar el ritmo de trabajo del verano y aprobar el curso al mismo tiempo. Yo no sé cómo Beth consigue hacerlo, teniendo, además de este, otro trabajo más.

La ex de Kate está resultando ser mucho más simpática y buena persona de lo que en un principio me imaginaba. Lo cierto es que a partir del segundo mes de trabajo en el restaurante, una vez que he empezado a conocerla mejor, he descubierto poco a poco a una chica sensible, nada que ver con la imagen de dura que la gente tiene de ella.

Es posible que el hecho de que Kate se haya olvidado por completo de Beth y ya no la mencione a todas horas, ayudase bastante a verla con otros ojos. Desde que ha empezado a salir con Ricky Smirnoff hace unas semanas, es como si Beth nunca hubiese existido.

Muchas veces me sorprendo de la facilidad que tiene Kate no solo para encontrar pareja, sino para olvidarse de la ruptura anterior en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de lo mal que lo pasa los primeros días. Es posible que sea un efecto rebote, igual que me pasa a mí con las dietas, pero me gusta ver a mi amiga contenta y animada. A pesar de que el Ricky Smirnoff este con el que ahora sale, no me caiga nada bien.

Ricky lleva intentando salir con Kate desde que tengo uso de razón, pero como siempre está metida en una u otra relación, no ha tenido la oportunidad hasta ahora. Es el típico tío que va de macho alfa, siempre rodeado de sus amiguitos y montando jaleo. Kate me asegura que, en la intimidad, es buen chico. Aun así, no puedo con él, me supera esa actitud, me parece de lo más inmaduro.

Si nos olvidamos de su actitud, la verdad es que físicamente está muy bien, como todos los exnovios de Kate o su exnovia. Mi amiga tiene la suerte de poder elegir. En cualquier caso, hay algo que no me gusta nada de él. En las anteriores relaciones que Kate ha tenido hasta el momento, siempre había tiempo para estar juntas. Ahora es como si cada minuto que tiene libre tuviese que estar con Ricky, como si debiese dedicar toda su vida a él y a su pandilla de amigos y eso me molesta.

Kate se defiende diciendo que no es así, que simplemente me estoy sintiendo desplazada y que eso es algo natural, pero creo que es una relación mucho más absorbente que las anteriores y esas cosas casi nunca acaban bien.

En cualquier caso, no hay mal que por bien no venga y la nueva obsesión de Kate con su novio es lo que me ha permitido conocer a Beth mucho mejor. Aunque pueda parecer irónico, he

recibido mucho más apoyo de ella que de Kate las semanas en las que estaba destrozada después de que el imbécil de Eric se riese de mí.

Beth tiene fama en el instituto de tía dura e insensible, de rompecorazones, pero ha demostrado ser intuitiva y empática. Todavía recuerdo nuestra conversación el día después de los comentarios de Eric y su amigo.

—Sé que no nos conocemos demasiado bien todavía, y que quizá me odies por haber roto con Kate, pero veo que te pasa algo y, si necesitas ayuda, puedes contar conmigo para lo que necesites —dijo de pronto al verme limpiar los platos cabizbaja.

Su comentario me sorprendió, no solo porque no encajaba en absoluto con la fama que tiene en el instituto, sino porque tampoco encajaba con lo poco que Kate me había contado de ella. Sin embargo, eso no sería nada comparado con la confusión que me causó que fuese la propia Beth, la que supuestamente era incapaz de abrirse a nadie, la que empezase a contarme sus problemas.

—Empezaré yo y luego, si quieres, me cuentas lo que te ocurre —propuso Beth ante mi sorpresa—. Estoy agotada todo el día, tengo dos trabajos y trato de terminar el instituto al mismo tiempo, ya apenas tengo tiempo para nada, ni para vivir. El dinero que gano ni siquiera es para mí, es para ayudar a mi familia y dudo mucho que cuando termine el instituto pueda ir a la universidad —espetó de golpe.

—Pensaba que la razón por la que Kate y tú lo habíais dejado es porque eras incapaz de abrirte y contar tus cosas —comenté con sorpresa, mientras me giré lentamente para coger unos cuantos platos sucios.

Beth se puso un poco colorada, era la primera vez que la veía ruborizarse, la primera vez que la veía vulnerable, y permaneció callada un tiempo antes de empezar a hablar.

—Hay otros motivos por los que hemos roto, no creo que ese sea el principal problema —aseguró elevando las cejas—. En cualquier caso, esa ruptura me ha ayudado bastante a saber en lo que tengo que mejorar. Sé que lo que acabas de decir es un problema para una relación, y estoy trabajando en ello. No sé si te lo crees o no, pero yo quería mucho a Kate y también lo he pasado muy mal cuando hemos roto —agregó.

Asentí lentamente con la cabeza, ponderando si debía contarle o no lo imbécil e ingenua que había sido con todo el asunto de Eric Rosales. Después de todo, medio instituto sabía lo idiota que había sido, hasta algún gracioso había colgado una foto mía en las redes sociales, llorando en el aparcamiento del estadio después de escuchar los hirientes comentarios de Eric y su amigo.

—Me sorprende que no lo sepas porque lo han puesto hasta en las redes, pero he sido una imbécil. Desde siempre he tenido un crush por Eric Rosales y no se me ha ocurrido mejor idea que declararle mi amor en el descanso del partido de fútbol —confesé, intentando contener las lágrimas y apartando la mirada para que no viese que no conseguía hacerlo.

—Es un puto gilipollas —susurró Beth, pegándose a mi cuerpo y pasando un brazo por encima de mi hombro—. Yo también he tenido mi buena dosis de rechazos amorosos —admitió.

—¿Tú? Pero si eres el objeto de deseo de todas las lesbianas del instituto y de una buena parte de las que no lo son —confesé, sorprendida ante su comentario y sin medir mis palabras. Inmediatamente, me puse roja como un tomate.

Beth no dijo nada, solamente sonrió, cerrando los ojos, y me abrazó desde atrás para tranquilizarme. Un abrazo tan sincero y maravilloso que consiguió que todos mis problemas se esfumasen en un instante, aunque fuese algo temporal.

—No te ha molestado lo que te he dicho, ¿no? —pregunté, dejándome estrechar entre sus brazos y deseando que ese abrazo durase para siempre.

—Me he sentido muy halagada —admitió Beth en una voz tan sensual que consiguió que mis

rodillas temblasen.

—Es solo que me ha parecido raro, eres una chica preciosa de manera natural, sin necesidad de arreglarte, no como yo, que pongo sudaderas para disimular los kilos de más —confesé, cogiendo una de sus manos entre las mías y apretándola.

—A mí me pareces muy atractiva —susurró Beth, entrelazando nuestros dedos sobre mi vientre y logrando que mi corazón palpitase con tanta fuerza que podría escucharse a kilómetros de distancia.

Cerrando los ojos y, sin soltar nuestro abrazo, le confesé lo que había ocurrido con Eric, cómo había fingido no conocerme de nada al declararle mi amor. Relaté también el hiriente comentario sobre mi virginidad que su amigo había hecho más tarde, ese que logró atravesar mi corazón como si de un puñal se tratase. Beth me escuchó con calma, dejándome llorar en su hombro, besando ocasionalmente mi mejilla o acariciando mi pelo. Ganando mi corazón.

A partir de aquel momento, nuestra amistad fue creciendo a pasos agigantados, hasta el punto en que empezamos a contárnoslo todo. Es cierto que fuera del restaurante apenas pasamos tiempo juntas. En el instituto, simplemente nos saludamos o entablamos breves conversaciones, pero el nivel de confianza entre nosotras ha crecido de modo insospechado.

Capítulo 8

Cabizbaja, acudo al restaurante junto al lago, deseando contarle a Beth lo que me quita el sueño. La comunicación con Kate no es todo lo buena que quisiera desde que está saliendo con su nuevo novio y en este tiempo Beth se ha convertido en la roca en la que me puedo apoyar, en el faro que me guía en la oscuridad.

Ahora, por fin, conozco la verdadera razón por la que mis padres se estaban comportando de ese modo tan extraño. Ahora entiendo el motivo de sus discusiones, y no tenía nada que ver conmigo. A veces, nos creemos el centro del universo y existen otras cosas alrededor que son muy importantes.

Miro una y otra vez el reloj, deseando que pasen las horas hasta que lleguen las nueve para ir a la cocina a ayudar a Beth. A no ser que mi jefa me envíe antes, porque tenemos literalmente cuatro clientes cenando en el local. Dos parejas de señores mayores que alargan la cena lo indecible. Mierda, ¿no podrían ir a hablar a su casa?

Intercambio miradas de aburrimiento con Izzie, ambas deseando que las manillas del reloj avancen más rápido, aunque sea un poco. Ella para irse a su casa a descansar y yo para contarle a Beth mis problemas, así que, cuando Megan, nuestra jefa, sale de su despacho y nos dice que ella se encarga de preparar la cuenta y servir los cafés a los clientes, vemos los cielos abiertos.

Corro hacia la cocina, abriendo la puerta con más energía de la necesaria y el corazón se me detiene al observar a Beth sonriendo, con su eterna cola de caballo y sus hermosos ojos negros clavados en mí al entrar.

—¿Cómo está mi compañera de trabajo favorita? —pregunta en cuanto me ve entrar.

—Beth, básicamente soy tu única compañera, al menos la única con la que interactúas en la jornada de trabajo —bromeo, colocándome un delantal para ayudarla con los platos sucios.

—Eso no es del todo cierto, porque en mi otro trabajo tengo muchas compañeras y tú sigues siendo mi favorita —admite con un guiño de ojo.

—Tenía ganas de hablar contigo —confieso, interrumpiendo la conversación, sin ser capaz de esperar más tiempo.

—¿Y eso?

—He descubierto por qué mis padres están discutiendo tanto en estos últimos meses y el motivo por el que mi madre parecía ignorarme. Estaba embarazada —revelo, bajando la mirada y mordiendo mi labio inferior.

—¿Qué quieres decir con que estaba embarazada? —pregunta Beth confusa.

—Pues eso, que se quedó embarazada, supongo que a su edad ya no se lo esperaba y no tomaron precauciones, y ha perdido al bebé —reconozco con una mueca de tristeza.

—Joder, ¡qué putada! Lo siento mucho, Amelia. ¿Cómo estás? —pregunta, cogiendo una de mis manos entre las suyas y acariciándola con el dedo pulgar.

—Me siento una idiota. Solo pensaba en cómo me afectaban a mí sus discusiones. Tan solo me preocupaba que mi madre parecía estar pasando de mí, y eso que antes me quejaba de que estaba todo el tiempo dándome el coñazo. Ni siquiera me he parado a pensar que podría haber un motivo más serio para lo que estaba ocurriendo. Iba a tener un hermano pequeño y ha muerto —balbuceo, incapaz de retener las lágrimas por más tiempo.

Beth me estrecha entre sus brazos, apretándome contra su cuerpo con esa capacidad que solo ella tiene para calmarme cuando tengo un problema. Besa mi frente antes de empezar a hablar.

—¿Sabes? Mi madre también ha tenido algunos abortos, antes y después de que yo naciera —admite, acariciando mi pelo—. Ni siquiera puedo imaginar lo que se siente en una situación así. Tiene que ser devastador.

Pasamos casi todo el resto de la jornada hablando de nuestras familias, embarazos, el instituto o la gente que nos gusta. No me atrevo a confesarle que empiezo a dudar de la que hasta ahora pensaba que era mi orientación sexual. Y es que cada vez que siento sus pechos sobre mi cuerpo al abrazarme, revolotea un ejército de mariposas en la parte baja de mi vientre que es imposible de ignorar.

***

Ese fin de semana acompaño a mi madre al supermercado. Antes solíamos ir siempre juntas hasta hace unos meses en que, de pronto, dejamos de hacerlo. Mi madre conduce en silencio mientras yo miro por la ventanilla, más interesada en observar las mismas calles de siempre que en entablar una conversación.

—¿Te apetece hablar de lo que tu padre y yo te hemos contado ayer por la tarde? —pregunta, dejando escapar un suspiro.

Me quedo en silencio durante unos instantes, ponderando en mi cabeza las palabras correctas antes de pronunciarlas.

—¿Papá y tú queríais tener otro hijo?

—Sí y no —responde de manera enigmática, mordiendo su labio inferior con sufrimiento y luchando por retener las lágrimas—. No lo estábamos buscando, estás a punto de empezar la universidad y los gastos se van a acumular—explica—. Además, nos veíamos demasiado viejos como para empezar de nuevo con los cambios de pañales o para corretear por el parque persiguiendo a un pequeñajo. Sin embargo, cuando me enteré de que estaba embarazada, me ilusioné mucho. Me puse muy contenta, tenía muchas ganas de tener a ese bebé.

—¿Por qué no me habéis dicho nada? Estoy a punto de cumplir dieciocho años, ya no soy ninguna niña —me quejo, acariciando el brazo derecho de mi madre, aprovechando que estamos paradas en un semáforo.

—Era un embarazo de alto riesgo por mi edad y preferí esperar —expone con calma—. Sabía desde el principio que esto podría pasar, pero nada te prepara para perder a un bebé en la décima semana. Estaba destrozada, me atormentaba un dolor inmenso día y noche, siento mucho cómo os he tratado a tu padre y a ti estos últimos meses, comprendo que ha sido muy injusto para vosotros —admite, dejando escapar las lágrimas que cubren sus ojos.

—Mamá, no tienes por qué pedir disculpas —le aseguro—. Simplemente, me hubiese gustado saberlo. Hubiese preferido ser un apoyo para ti y no la hija con la que discutías constantemente.

—Al perder al bebé entré en una depresión bastante seria. Ya sabes que he tenido depresiones en el pasado, pero esto no se parecía en nada a ninguna de las anteriores. Había días en los que apenas podía levantarme de la cama por las mañanas. En el trabajo hacía lo mínimo para que no me despidiesen y poder volver a casa para encerrarme de nuevo en mi dormitorio —confiesa entre sollozos.

Se me hiela la sangre al escuchar a mi madre relatar la parte en la que casi pierde su trabajo por el bajo rendimiento, cómo dos de sus compañeras tuvieron que ir a hablar con su jefe para que no lo tuviese en cuenta debido a lo que estaba pasando. Cómo la ayudaron durante semanas, haciendo parte de su trabajo, pero lo que me cuenta a continuación consigue que me dé un vuelco al corazón.

—Sabía que era un embarazo de alto riesgo y por eso no os conté nada ni a tu padre ni a ti.

—Espera, ¿papá tampoco sabía nada? —pregunto confusa, sin ser capaz de creer lo que acabo de escuchar.

—No, no he sido capaz de decírselo hasta que tuve el aborto, por eso hemos discutido tanto estos últimos meses, o al menos, esa ha sido la gota que ha colmado el vaso —reconoce, secándose las lágrimas con el reverso de su mano.

—Mamá, es que me parece una pasada que no se lo hayas dicho. ¡Joder! Una cosa es que no me lo cuentes a mí, que me hubiese gustado saberlo, y otra que no se lo cuentes a tu marido —le recrimino negando con la cabeza.

—Hay otra cosa que debo contarte —continúa mi madre, aparcando el coche en el parking del centro comercial sin poder dejar de llorar—. Tu padre y yo nos vamos a separar.

—¿Por lo del embarazo?

—Supongo que la pérdida del bebé ha sido la punta del iceberg —admite entre sollozos.

—Espera… Papá era el padre del bebé, ¿verdad? —pregunto con un hilo de voz, sin saber si quiero escuchar la respuesta.

—No le he engañado con nadie si es lo que estás pensando. Por supuesto que era el padre del bebé. Nuestros problemas vienen ya de lejos, los dos sabíamos que cuando te marchases a la universidad no nos quedarían demasiadas cosas en común. Simplemente, la pérdida del bebé y la situación que ha desarrollado a continuación lo ha acelerado todo. No es culpa tuya en absoluto, no todas las parejas funcionan para siempre —admite mirando al cielo con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Sin saber qué decir, ambas nos quedamos en silencio dentro del coche durante al menos media hora más. Somos incapaces de contener las lágrimas, cada una perdida en sus pensamientos, en mi caso, tratando de dar un sentido al giro que acaba de pegar mi vida.

Capítulo 9

Las cosas con mi madre han mejorado mucho desde nuestra conversación en el coche. Aun así, eso no quita para que sigamos teniendo nuestras discusiones, especialmente sobre mi desordenada habitación.

No entiendo la manía que tiene mi madre de que mantenga mi dormitorio como si no viviese en él. Joder, no está ahí para sacarle fotos y que aparezca en una revista, sino para hacer mi vida en ese lugar. Al menos, el poco tiempo libre del que dispongo últimamente. Podría dejarme que tenga la habitación como a mí me apetezca. Soy yo la que duerme en ella, no mi madre.

Hoy es uno de esos días en los que no ocurre nada en el trabajo. Intercambio miradas con Izzie por puro aburrimiento, mientras hacemos turnos para servir a las dos mesas que ocupan el comedor. Aprecio que nuestra jefa no haya querido despedir a ninguno de los empleados, pero no tener nada que hacer me mata.

Desvío una y otra vez la mirada al reloj de la pared, desesperada porque se niega a avanzar. Me entretengo doblando y desdoblando un trozo de papel, deseando que llegue la hora en que mi jefa me envíe a la cocina a ayudar a Beth. Aunque imagino el poco trabajo que tendrá teniendo en cuenta el número de personas que ha venido a cenar. Al menos, nos permite tener conversaciones cada vez más íntimas.

En estas últimas semanas nos hemos unido mucho. Nos lo estamos empezando a contar todo, y comienzo a descubrir a una Beth completamente distinta a la idea inicial que tenía de ella. Una Beth sensible y atenta, nada que ver con la imagen de tía dura y rompecorazones que tiene en el instituto.

—Amelia, a la cocina —ordena mi jefa, haciéndome una seña antes de decirle a Izzie que ya puede marcharse a su casa.

—Por fin con Beth, ¿eh? —bromea Izzie con un guiño de ojo mientras me da un pequeño codazo en las costillas.

Me quedo paralizada durante unos instantes. ¿Qué quiere decir? ¿Insinúa que me gusta Beth? ¿Qué hay algo entre nosotras? Permanezco callada un buen rato en la cocina mientras nos encargamos de los pocos platos que aún quedan por lavar, hasta que Beth toma la palabra extrañada.

—¿Te ocurre algo? Estás súper callada, con lo habladora que tú eres —apunta, mirándome fijamente.

Tras asegurarle varias veces que no me pasa nada, nuestra conversación pasa a las cosas del instituto. Allí mantenemos un grupo de amigas totalmente diverso, lo que nos permite unas conversaciones muy interesantes en el trabajo o al salir, porque Beth ha empezado a acompañarme a casa desde hace un par de semanas.

Lo cierto es que agradezco no llegar a casa sola. Las noches en invierno son muy oscuras y prefiero ir con alguien, además de que así alargamos más nuestras charlas. Sin embargo, mi casa no le queda de camino y, a veces, me siento mal por el tiempo que pierde conmigo.

—No me apetece nada entrar en casa —confieso cuando llegamos, a escasos cien metros de mi edificio.

—Tampoco a mí —admite Beth.

Al escuchar sus palabras, me siento un poco egoísta. Puede que yo no me lleve bien con mis padres, aunque con mi madre las cosas están mejorando. Es cierto que mis padres se están

divorciando y eso crea tensiones continuas. Sin embargo, la situación de Beth es bastante peor.

No es que se lleve mal con nadie de su familia en concreto, pero estar en casa le recuerda constantemente todos los problemas económicos por los que están pasando. Al menos, yo tengo mi propia habitación, ella tiene que compartir su dormitorio con dos hermanas pequeñas.

—¿Quieres sentarte un rato y hablar? —pregunta, señalando un solitario banco rodeado de nieve en un parque de camino de mi casa.

Asiento encogiéndome de hombros, a pesar de que ya es bastante tarde y estoy muerta de frío. El parque está en una zona con poca iluminación, pero la luna llena se alza orgullosa en el cielo y la ausencia de nubes deja ver las estrellas en una noche preciosa, si no fuese por las bajas temperaturas.

—¡Mira! ¿Puedes ver la osa mayor? —pregunta Beth, su mirada fija en el firmamento.

—Hay millones de estrellas —me disculpo para no admitir que no tengo ni la menor idea de cómo la puedo diferenciar.

—Acércate, sigue mi dedo —indica, señalando al cielo y pegándose por completo a mí para que pueda encontrar la constelación.

Me quedo observando el firmamento como una boba. Con la respiración acelerada al sentir la mejilla de Beth junto a la mía, el frío aire de la noche cortando mi rostro. Quisiera poder detener el tiempo, estar para siempre perdida en este instante de paz y felicidad, en esta tranquilidad en la que solo nuestra respiración y el ladrido de un perro en la lejanía rompen el silencio de la noche.

—Creo que es mejor que entres en tu casa, empieza a hacer mucho frío —interrumpe Beth al observar que está nevando, a pesar de que ni siquiera me había dado cuenta.

Sonrío y me levanto, mi cuerpo es incapaz de reaccionar hasta que Beth me coge de la mano y me acompaña al portal.

—Estás helada —afirma, quitando con su mano la nieve sobre mi abrigo y abrazándome para que entre en calor.

Al romper nuestro abrazo, siento el corazón desbocado. Mis manos tiemblan mientras observo su boca y siento un deseo irrefrenable de besar sus labios. Un deseo que jamás había sentido con tanta fuerza.

—Buenas noches, preciosa, tengo que irme o se hará muy tarde. Nos vemos mañana en el insti —susurra, colocando las manos en mi cintura y consiguiendo que mi corazón haga un salto mortal.

Mientras la observo alejarse camino de su casa, siento un vacío en mi interior que no soy capaz de manejar. Estoy al mismo tiempo contenta y triste, nerviosa y calmada. Sobre todo, confusa.

Muy confusa.

Ya en casa, me tumbo en la cama incapaz de dormir, mi mente se ha convertido en un auténtico avispero de ideas enfrentadas. ¿Por qué tiene que ser la vida tan complicada? Joder, estaba segura de que no me gustaban las chicas. Yo lo único que quería era salir con Eric Rosales. Y ahora…

Ahora ya no sé lo que quiero, porque en el portal, cuando Beth me estrechó entre sus brazos y sentí el contacto de sus pechos, mis piernas temblaron. Trato de recordar alguna vez que me haya sentido atraída por otras chicas, pero más allá de la curiosidad, no recuerdo ninguna ocasión. En cambio, Beth…

Beth es cariñosa, cálida, su piel huele a vainilla y canela. El tiempo se detiene cada día hasta que estoy con ella, para volar a continuación mientras estamos juntas. Con ella empiezo a descubrir sensaciones que no soy capaz de identificar. En cuanto la conoces mejor es divertida,

buena persona, independiente, preciosa, su cuerpo es perfecto.

Joder, creo que me estoy enamorando de Beth.

No niego que la admiro. Es capaz de mantener el optimismo a pesar de su situación familiar, casi sin recursos, hacinados en una pequeña vivienda y teniendo que entregar todos sus ingresos para ayudar a su familia. Y aun así, se preocupa por mí, que vivo mucho mejor que ella.

Es dura y a la vez tierna. Tiene una personalidad arrolladora que no sabría definir, pero que vuelve locas a la mitad de las chicas del instituto y a casi todos los chicos, aun sabiendo que no tendrán ninguna oportunidad con ella. Mierda, con Eric Rosales tenía un crush, pero con Beth siento algo mucho más profundo.

Por primera vez, me da algo parecido a un ataque de celos al pensar que puede tener amigas en su otro trabajo. Quizá, con alguna tiene una relación mucho más estrecha que conmigo y sé que tiene continuos escarceos amorosos, una fama de rompecorazones bien ganada.

Por primera vez, empiezo a estar celosa de sus amigas del instituto.

Por primera vez, esa noche me masturbo pensando en una chica antes de irme a dormir.

Capítulo 10

¡Joder, Kate!

Es lo primero que se me viene a la mente al despertarme por la mañana. Desde que ha empezado a salir con el imbécil ese de Ricky Smirnoff parece haberse olvidado de Beth. Aun así, siendo Kate, es difícil saber si ha pasado página o no. Tengo que estar totalmente segura sobre eso. No podría empezar algo con Beth si Kate sigue sintiendo algo por ella. Eso no lo hacen las amigas.

¿Empezar algo con Beth? ¿De qué coño estoy hablando? Ni siquiera sé si le gusto. Tampoco sé si ella me gusta realmente. Lo que he sentido ayer es algo nuevo para mí, nuevas emociones que nunca había experimentado, pero no sé si de verdad me gusta o simplemente estoy bien a su lado. O si simplemente tengo las hormonas disparadas.

En cualquier caso, debo hablarlo con Kate. Quizá podría comentarle que no estoy segura de si me gusta una chica, sin decirle ningún nombre, sin que sepa que es Beth. Ella ha pasado antes por esa situación y, seguramente, me podrá ayudar.

Eso, si consigo quedar con ella en algún momento en el que no esté con el idiota de su novio, porque últimamente, parece que es imposible despegarse de él. Allá donde esté Kate, tiene que estar Ricky Smirnoff, es como un chicle que lleva pegado todo el tiempo en la suela de la sandalia.

—Kate, ¿te acuerdas del momento en que descubriste que te gustaban las chicas? —le pregunto con timidez, mirando alrededor para asegurarme de que nadie me escuche, en cuanto nos quedamos a solas.

—Sí, claro, ¿por? —inquiere confusa.

—¿Cómo te has dado cuenta de ello? ¿Qué sentiste en esos momentos? —insisto, tapándome con la bufanda por el frío en cuanto salimos del edificio principal del instituto.

—Creo que una parte de mí, en el fondo, siempre lo supo —responde Kate con naturalidad —. En esa época en la que empiezas a tener curiosidad por los chicos, me di cuenta de que me llamaban la atención tanto los chicos como las chicas. Me percaté de que podía tener un crush con personas de ambos sexos. No te lo tendría que decir, pero en el vestuario, por momentos se me iba la vista hacia algunas compañeras cuando se quitaban la ropa —admite, poniéndose roja.

Me llevo la mano a la frente, haciendo un gesto como de no creer lo que acaba de decir. Trato de sacar de la cabeza la imagen de Kate mirando a escondidas nuestros cuerpos mientras nos cambiamos, antes de que ella me interrumpa con su pregunta.

—¿Por qué? ¿Piensas que te gusta alguna chica? —pregunta ante mi sorpresa.

—No, no creo —me apresuro a responder, poniéndome muy nerviosa.

—Vamos, Amelia. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y te has puesto roja como un tomate. ¡Empieza a contar ahora mismo! Sabes que puedes confiar en mí —asegura con un guiño de ojo.

—Siempre he estado centrada en el imbécil de Eric Rosales y nunca me he llegado a plantear otra cosa. Sin embargo, ahora empiezo a sentir cosas muy diferentes. No se trata de un crush en plan platónico, sino de sentimientos muy profundos cuando estoy a su lado. No sabría explicarlo, me siento viva, nerviosa, deseando estar con ella hasta el punto en que cada vez que nos separamos siento un vacío en el interior. Es muy raro —confieso, encogiéndome de hombros.

—Se llama amor, Amelia, y no es raro. Ya era hora de que pasaras por ello —bromea mi

amiga con un pequeño empujón sobre mi hombro izquierdo.

—Quizá me había centrado en Eric Rosales porque era lo más cómodo. En mi subconsciente, sabía que era lo más seguro. Ya sabes, el tópico de enamorarte de uno de los chicos populares del instituto, de un jugador de fútbol. Puede que haya mantenido escondida la parte en la que me atraen las chicas para evitar problemas, para protegerme —confieso, dejando escapar un soplido al escuchar mis propias palabras.

—Puede ser, o quizá nunca habías conocido a la chica adecuada y ahora lo has hecho. Esa chica, ¿ha conseguido que te olvides de Eric Rosales? —inquiere, elevando las cejas.

—Por completo.

—¡Joder! ¡Sí que te ha tenido que dar fuerte entonces! —ríe Kate, acariciando mi brazo izquierdo—. ¿Me vas a contar quién es la afortunada?

—Todavía no, lo siento. Sabes que no es que no confíe en ti, pero no estoy preparada aún, debo poner mis ideas en orden. No me gustaría hacer daño a alguien o hacérmelo a mí misma sin estar segura —admito nerviosa.

Soy muy consciente de que si todavía conserva algún sentimiento por Beth, puedo poner en peligro nuestra amistad cuando ni siquiera estoy segura de si quiero algo con ella o de si ella quiere estar conmigo.

***

Los problemas de depresión de Kate van de mal en peor desde que ha empezado a salir con Ricky Smirnoff. Ella no se da cuenta. Ni siquiera sé si es consciente de ello, pero esta relación no tiene nada que ver con las anteriores y la está consumiendo poco a poco, robándole toda la energía y la seguridad en sí misma. Incluso su psicólogo se lo ha dicho, aunque ella no quiere verlo.

Se trata de una relación tóxica de libro, ha empezado a anularla por completo. Kate siempre ha sido una chica que tenía muchos amigos, siempre ha llamado la atención. Es cierto que lo pasa muy mal cuando rompe con alguien y no es capaz de estar sin pareja durante mucho tiempo, pero ahora la noto demasiado insegura, hasta el punto en que siente la necesidad de consultar con su novio antes de hacer cualquier cosa. Ella nunca ha sido así, y eso me preocupa.

Ricky es un chico extremadamente celoso. Se pega a ella como una lapa y se enfada si habla con otros chicos. Insiste en saber en todo momento dónde se encuentra y con quién está, enviando mensajes continuamente. Sin embargo, al mismo tiempo, mantiene una vida paralela con sus amigos, de la que Kate no sabe nada, porque rara vez la hace partícipe de ella.

Kate ha cambiado por completo la forma de vestir. Siempre ha tenido muchísimo gusto con la ropa y también el dinero para comprarla. En cambio, ahora se viste solamente para llamar la atención, como si fuese un trofeo que Ricky Smirnoff quiere mostrar al resto del instituto. Minifaldas, escotes pronunciados. No va con su estilo en absoluto.

Aunque lo peor son sus cambios de humor. Hay días en los que está muy cariñoso con ella y la colma de mimos, mientras que en otros apenas le habla, y eso la está volviendo loca.

Nuestra amistad está sufriendo también. A mi falta de tiempo libre por el trabajo se suma el hecho de que Ricky la absorbe tanto que apenas podemos estar juntas. Ella jura que no es así, pero me han dicho que Ricky no quiere que la vean a mi lado. Según él, soy una perdedora, una chica que no encaja bien en su ideal de cuerpo femenino, a la que le sobran unos cuantos kilos de peso.

El resultado es que su salud emocional va de mal en peor y no quiere darse cuenta. Kate dice que su novio demanda mucho de una relación porque la quiere. Yo creo que empieza ya a ser maltrato psicológico.

Recuerdo que la semana pasada, Ricky la llamó a las nueve y media de la noche en un día de semana para ir a una fiesta. Todo porque quedaría mal si no aparecía con una chica a su lado. Inicialmente, Kate protestó, ya tenía el pijama puesto y sabía que sus padres no la dejarían salir de casa habiendo clase al día siguiente, pero Ricky se puso como una fiera y le empezó a gritar. Quería que Kate fuese a una fiesta en la que estarían varios de sus amigos, los típicos que no hacen nada en clase y van suspendiendo durante el curso.

Kate necesita una buena nota media para entrar en la universidad y ese tipo de relaciones no le viene bien. Aun así, salió de la cama, se vistió y abandonó la casa a escondidas para que no la viesen sus padres.

Esa noche, Kate estuvo deambulando por la fiesta en solitario, apartando a duras penas a los borrachos que se acercaban a ella hasta que Ricky apareció una hora y media más tarde. La pobre solamente recibió un grito cuando le preguntó por qué no había llegado a la hora a la que habían quedado. Eso, antes de decirle que la próxima vez se pusiese algo que enseñara más el escote.

Yo nunca le he dicho nada porque no estoy segura de ello, pero se comenta por el instituto que esa noche, antes de ir a la fiesta, Ricky estaba en un parking con los pantalones bajados y una chica rubia tenía la cabeza metida entre sus piernas.

Capítulo 11

Kate siempre se ha quedado muy enganchada a sus parejas mientras estaban saliendo. Ahora, por primera vez, empieza a ser consciente de que su relación con Ricky no va por buen camino y debe salir de ella. El problema es que, entre la inseguridad que tiene cuando se encuentra sin pareja y la manera en que su novio la ha anulado, le da mucho miedo. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, cree que las cosas van a mejorar y que, en cualquier modo, es mejor estar así que no tener pareja.

Lo cierto es que comienzo a preocuparme mucho por ella. En algunos momentos me ha comentado que no recuerda lo que ha hecho con Ricky la noche anterior, es como si su cerebro quisiese bloquear esos recuerdos, como si fuese un trauma. Una vez me dijo que cuando su novio se pone especialmente violento, gritándola o humillándola, es como si viese esa escena desde fuera de su cuerpo, y no fuese ella.

Lo he buscado por Google y he leído que podría tratarse de una disociación, un mecanismo de defensa que desarrollan las víctimas de algún tipo de trauma. Le he dicho que debería hablarlo con su psicólogo, pero Kate ha preferido no hacerlo. Creo que, en el fondo, le avergüenza toda la situación que está viviendo con su novio.

***

El sonido del teléfono móvil me despierta. Abro los ojos con pereza y palpo a ciegas la mesita de noche hasta encontrarlo, intentando contestar, todavía cegada por el brillo de la pantalla.

—¿Sí? —contesto de manera mecánica, sin ni siquiera mirar quién está llamando.

—Soy Kate, necesito un favor urgente —responde una voz que he escuchado miles de veces al otro lado de la línea—. Necesito que me acompañes a casa de Ricky, a una fiesta con sus amigos —suelta de manera acelerada.

—Prefiero no hacerlo —admito con sequedad.

—Por favor, no quiero ir sola. Cuando está con sus amigos se comporta como un imbécil —confiesa Kate con un hilo de voz.

Mierda, por mucho que odie a Ricky Smirnoff y a su pandilla de amigos gilipollas, no puedo dejar sola a Kate. Ya estaba dormida, había tenido un día duro entre el trabajo y estudiar para un examen de química orgánica y me entró el sueño. Lo último que me apetece en estos momentos es salir de la cama para ir a un asco de fiesta. Aunque no sé si beber hasta emborracharse y aguantar tonterías puede considerarse una fiesta.

Odio las fiestas del instituto. Salvo que vaya mucha gente y me pueda juntar con suficientes amigas, las más pequeñas como esta, no suelen acabar nada bien. En cualquier caso, me armo de valor para no dejar sola a mi amiga y pedaleo hasta la casa de Kate a menos de diez minutos aunque, al llegar y verla así vestida, se me hiela la sangre.

Tiembla de frío con una minifalda y un escote tan grande que se le puede ver hasta el ombligo. Acercándome a ella, la abrazo sin saber muy bien qué decir, sabiendo perfectamente que no está cómoda con ese tipo de ropa.

—Ricky quiere que me vista un poco más provocativa para esta noche —se disculpa sin que nadie le haya pedido explicación alguna.

Ni siquiera le contesto. Nos conocemos desde hace muchos años y ella sabe que mi abrazo en este contexto significa algo así como un “siento que tengas que ir así vestida por culpa de tu

novio”. Su excusa sobraba, porque no la necesito.

Al llegar a la casa, nos encontramos con un grupo de unos ocho chicos y otras tantas chicas, todas ellas vestidas de un modo muy similar a Kate y, de pronto, soy consciente de que voy mucho más tapada que ellas con mis pantalones vaqueros y mi sudadera.

El salón de la vivienda se encuentra casi en una oscuridad total, a excepción de la poca luz de la luna que se cuela por las ventanas. En unos altavoces suena a todo volumen música reguetón y todo el mundo parece tener una cerveza en la mano y llevar varias ya bebidas.

Me viene a la cabeza que es una pena que la casa esté tan aislada. Si estuviese rodeada de otras viviendas, no tendríamos que esperar demasiado a que llegase la policía por el exceso de ruido y podríamos irnos a casa temprano. Prefiero que mis padres me echen una bronca por salir de la casa sin decir nada que seguir en esta fiesta.

Observo con curiosidad cómo Kate comienza a beber en cuanto cruzamos el umbral de la puerta. Habitualmente nunca bebe, salvo una o dos cervezas, nunca la había visto con ansia de alcohol. Mi incomodidad va en aumento cuando nos indican que nos sentemos en el suelo haciendo un círculo para jugar a “verdad o reto” haciendo girar una botella vacía de cerveza que colocan en medio del círculo.

—¿Esto suele ser siempre así? —pregunto a Kate con un hilo de voz.

—Muchas veces —susurra ella bajando la mirada como si estuviese avergonzada.

En estos instantes, no sé si es peor el miedo que siento por el dichoso juego o saber que Kate está pasando a menudo por una serie de situaciones en las que no se siente cómoda. Ahora entiendo su necesidad de no venir sola a este sitio, pero de poco le puedo servir, porque no creo que quiera que nos levantemos y nos marchemos las dos.

—¿Quieres que nos vayamos? —le pregunto en voz baja antes de sentarnos.

—Todavía no, pero, por favor, prométeme que no me vas a dejar hacer nada realmente estúpido —suplica con miedo en los ojos.

—Define realmente estúpido.

Kate no contesta, simplemente se encoge de hombros, sentándose a mi lado, con la mirada perdida y sin la más mínima gana de estar en este lugar.

Cuando el primer jugador hace girar la botella, ruego al cielo que no me toque y, si es posible, que no le toque tampoco a Kate. Afortunadamente, nos libramos por poco y la botella deja de girar al llegar a la chica que está a mi derecha, que parece encantada de que le haya tocado.

—Verdad o reto. ¿En qué lugar has perdido la virginidad? —preguntan a la chica situada a mi derecha.

¡Joder! Alguna vez que he jugado a este juego, siempre se empieza con preguntas muy suaves. La chica ríe y bromea, diciendo que no sabe por qué dan por supuesto que ha perdido la virginidad, a lo que dos de los chicos responden que lo saben seguro porque se la han follado. Palabras textuales.

Yo, por mi parte, empiezo a sentirme muy incómoda ya desde esa primera pregunta. Si eres o no virgen no debería ser asunto de nadie, nada más que de ti misma y aquí no parecen tener el más mínimo recato a la hora de preguntar o contestar intimidades.

—Vale, en el asiento de atrás de un coche. Fue muy incómodo, no os lo recomiendo —bromea la chica que se sienta a mi derecha, provocando una carcajada en los allí presentes.

La botella vuelve a girar de nuevo mientras bebo nerviosa varios sorbos de mi cerveza, suplicando una vez más que no se detenga marcando mi dirección. Esta vez, interrumpe su giro frente a nosotras, nada menos que en Ricky Smirnoff, el insoportable novio de Kate.

—Verdad o reto. ¿A cuántas tías te has follado? —inquiere el encargado de hacer la pregunta dibujando una enorme sonrisa de orgullo en Ricky.

—A más de las que puedo recordar —responde orgulloso el novio de mi amiga, haciendo reír a los tontos de su pandilla.

Sin querer, desvío la vista hacia Kate y nuestros ojos se encuentran, aunque pronto baja la mirada hacia el suelo. Sus ojos estaban humedecidos y su cara ruborizada con vergüenza. Segunda pregunta del juego y no me está gustando nada la dirección que está tomando.

—¿Alguna vez has hecho un trío?

—¿Has engañado a tu pareja?

—¿Lo has hecho alguna vez con tus padres en casa?

—¿Te has masturbado pensando en alguna de nosotras?

Son las preguntas que van saliendo y que los asistentes a la pequeña fiesta contestan sin pudor, sin haber escogido todavía nadie la opción de reto, que asumo que es mucho peor.

De momento, tanto Kate como yo nos vamos librando, pero las palabras de la siguiente chica a la que toca hacer girar la botella me ponen muy nerviosa.

—Pasamos a los retos, ya está bien de preguntas —exclama, provocando los aplausos de varios de los chicos que nos miran como si nos desnudasen con la mirada.

—¿Eso se puede? —pregunto en voz baja dirigiéndome a Kate.

—Aquí sí, lo típico es una ronda de preguntas para abrir boca y luego se pasa directamente a los retos —responde con resignación poniéndome bastante nerviosa.

Con mi mala suerte, la botella detiene sus giros justo cuando está apuntando hacia mí.

—Voy a ser buena contigo porque es el primer reto de la tarde y es la primera vez que juegas con nosotros —apunta la chica que ha hecho girar la botella—. Tu reto es besar a quien elija el siguiente giro de botella. Con lengua, claro y un mínimo de quince segundos —especifica, elevando las cejas y sonriendo.

Permanezco con el corazón en un puño mientras la botella parece girar de manera interminable frente a nosotros. Lo que de verdad me apetece en estos momentos es levantarme y marcharme lo antes posible, pero Kate me ha cogido instintivamente de la mano como para infundirme valentía o para que no la abandone aquí con todos estos idiotas. Supongo que sabe lo que me está pasando por la cabeza en estos instantes.

La botella detiene sus interminables giros en Samuel, el mejor amigo de Ricky y tan estúpido como él. Es irónico que mi primer beso vaya a ser con un gilipollas.

—Paso de besar a esa, tengo mis principios —anuncia el muy imbécil, provocando una gran carcajada en todo el grupo y causándome un dolor como si me hubiesen clavado un cuchillo.

—Yo beso a Amelia, tomo su puesto —interrumpe Kate, haciendo que mi corazón palpite tan fuerte que creo que se me puede salir del pecho.

Tras un poco de discusión y varias bromas, permiten a Kate tomar el puesto de Samuel. Al parecer, con las extrañas reglas con las que suelen jugar, te puedes ofrecer voluntario para cumplir el reto si es que la persona a la que le ha tocado se niega. En caso contrario, si nadie decide salvarte, debes cumplirlo, quieras o no.

Ni siquiera soy capaz de describir lo que siento en estos instantes. El nerviosismo es extremo, mi cuerpo tiembla de la cabeza a los pies, pero creo que es más por el hecho de que todos estén mirando, babeando por ver a dos chicas besarse, que por recibir mi primer beso.

Que mi mejor amiga sea la encargada de dármelo, añade mucha confusión a mi mente. Por un lado, sé que será tierno. Ella es la única que sabe que será mi primer beso, pero por otro, resulta muy extraño besar a Kate. Tengo que reconocer que creo que estoy un poco excitada,

aunque no sé si son los nervios o las ganas de que me besen.

—Tranquila, cierra los ojos —susurra acercándose a mí.

Hago como me dice, colocando mis manos temblorosas sobre las caderas de mi amiga, al tiempo que percibo el olor de su perfume al acercarse a mí. El corazón me da un vuelco al sentir sus suaves labios rozando los míos, simplemente acariciándolos, permitiendo que me acostumbre a una sensación muy nueva para mí.

Respiro con dificultad, con un cosquilleo en la parte baja de mi vientre que no comprendo, mientras siento la punta de su lengua abrirse paso entre mis labios y buscar la mía. La sensación de calidez es indescriptible, me besa con delicadeza, permitiéndome que lo disfrute poco a poco, sin ninguna prisa y, cuando se separa, es como si hubiese dejado un vacío en mi interior que no soy capaz de gestionar.

Ni siquiera soy consciente de las risas y burlas de los imbéciles de nuestros compañeros. Es como si todo hubiese desaparecido a nuestro alrededor, solo estamos Kate y yo, y ese maravilloso primer beso. Dulce y cariñoso, lleno de ternura, pero con una carga de sensualidad que ha sido capaz de excitarme como jamás lo hubiese pensado.

En apenas unos minutos, nuestro beso es historia y el juego va subiendo de intensidad con todo tipo de retos. Las chicas se dejan manosear los pechos por debajo del sujetador, sin importarles lo más mínimo, se besan y toquetean unos a otros sin pudor y me temo que solamente están empezando.

La situación es de lo más incómoda. El hecho de que no tenga experiencia no me convierte en una mojigata, nunca he tenido reparo en que mis amigas me cuenten sus historias con todo detalle o hemos visto vídeos porno en alguna fiesta de pijamas, pero no me siento nada cómoda con esta pandilla.

—Te toca masturbar a Johny —dice Ricky cuando la botella deja de girar frente a Kate, ante los gestos de triunfo de su amigo —durante treinta segundos—añade.

La mirada de Kate se detiene en los ojos de su novio, compungida, como si le estuviese suplicando que no le haga pasar por ese reto. Sus ojos se humedecen, sus manos tiemblan mientras Johny insiste en que se dé prisa y empieza a bajarse los pantalones mostrando una clara erección.

—Nos vamos de aquí —interrumpo, levantándome y cogiendo de la mano a mi amiga.

El imbécil de su novio dice algo que la hace dudar y Kate se detiene unos segundos, pero ni siquiera le escucho. Tengo tan claro que debemos salir de esa casa cuanto antes que tiro del brazo de mi amiga sin importarme sus comentarios. Ella ofrece un poco de resistencia inicial, pero se deja llevar, resignada, hacia la puerta. Sé que, en el fondo, me lo está agradeciendo, aunque no diga nada.

Capítulo 12

—Gracias —exclama Kate nada más salir de la casa, limpiándose con la mano las lágrimas que ruedan por su mejilla.

—¿Qué mierda es esa Kate? —pregunto confusa—. ¿Hacéis eso de manera habitual?

—No, es la tercera vez que voy a uno de esos juegos con ellos. Por eso te he pedido que me acompañases y que no me dejases hacer ninguna estupidez. Se acaban desmadrando mucho —confiesa mi amiga, negando con la cabeza y apartando la mirada.

—¿Qué quieres decir con que se acaban desmadrando mucho? —inquiero con miedo en la voz, sin estar segura de si deseo conocer la respuesta.

—Pues eso, mucho. Vamos a dejarlo ahí, pero he tenido que hacer cosas de las que me arrepiento muchísimo y que encima están grabadas en vídeo —interrumpe Kate de manera cortante.

Prefiero no seguir preguntando porque nunca ha tenido ningún reparo en contarme con todo detalle sus escarceos amorosos y, si no quiere comentar nada sobre esos juegos, tengo muy claro que se ha sentido obligada a hacer cosas dignas de alguna película porno de las duras.

—¿Crees que me sigue queriendo? —pregunta una vez que nos sentamos en su coche.

—¿Quién? ¿Ricky?

—Sí, claro que Ricky, ¿quién coño va a ser si no? —masculla con mirada triste.

—No lo sé, Kate. Yo no le pediría a mi novia que hiciese eso a un amigo delante de todos, pero cada pareja es un mundo. Si es algo que hacéis a menudo y os parece bien a los dos, yo no soy nadie para juzgarlo, solo te digo que yo no lo haría —admito sin saber muy bien qué contestarle.

—Cuando estamos a solas es muy tierno, me trata muy bien. El problema es cuando se junta con sus amigos o cuando bebe —asegura mi amiga, poniendo en marcha el motor de su coche.

—Debería tratarte bien siempre, Kate, no solo cuando estáis a solas —aclaro, encogiéndome de hombros.

No me responde, simplemente conduce hacia mi casa en silencio, lo que me deja la mente como un auténtico avispero de pensamientos que entran en conflicto. Por un lado, no entiendo la relación que tiene Kate con el imbécil de su novio, tampoco comprendo su inseguridad para tener que estar siempre en una relación de pareja.

Por otro, no consigo manejar mis sentimientos con el beso que nos hemos dado. Me siento rara, los últimos días había fantaseado con la idea de cómo sería mi primer beso con Beth, porque estaba segura de que sería con ella, incluso si realmente no sé si siente algo por mí. Pero sabía que sería con ella. Lo que menos me esperaba era que mi primer beso fuese con Kate. Y que me gustase. Que me gustase mucho.

¡Joder! Es mi mejor amiga. Es súper raro habernos besado. Desconozco lo que ella ha sentido, pero me ha hecho un gran favor ofreciéndose voluntaria y evitando de ese modo que besase a Samuel. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago y me entran ganas de vomitar.

—Kate, ¿puedo preguntarte algo? —inquiero con un hilo de voz.

—¿Es sobre el beso?

—Sí —admito sin ser capaz de mantener su mirada.

—Estuvo bien, si es lo que quieres saber. Me gustó. ¿A ti?

—También, fue un beso muy tierno —reconozco, sintiendo todavía la suavidad de sus labios

en los míos.

—¿Te excitó que te besara? —pregunta de pronto elevando las cejas.

—¡Kate…!

—Dime —insiste, clavándome la mirada.

—Sí —confieso, encogiéndome de hombros y sintiendo que me pongo roja como un tomate.

—No pasa nada, es normal, no tienes que avergonzarte de eso si es lo que te ocurre. Fue un buen beso y era la primera vez que te besaban. En el fondo, me siento halagada por haber sido yo quien te diese tu primer beso, aunque sea raro. No le des más vueltas —aclara, aparcando el coche frente a mi casa.

Volvemos a quedarnos en silencio. Por un lado, me apetecería mucho seguir hablando de ese beso. Intentar comprender por qué sigo sintiéndolo en mis labios si solamente hay amistad entre nosotras. Saber si algo va a cambiar.

—¿Crees que lo debo dejar con Ricky? —pregunta de pronto, sacándome de mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

Simplemente, la miro seria y asiento lentamente con la cabeza. Tengo muy claro que esa relación no le hace ningún bien, Kate se merece más, mucho más y, lo peor de todo, es que ella misma lo sabe. Mientras llora con la cabeza apoyada en mi hombro, no puedo hacer otra cosa que abrazarla y acariciar su cabello, asegurándole que todo va a ir bien mientras beso con ternura su cabeza.

***

El día de San Valentín, a la semana siguiente, es un desastre para ambas. Kate ha decidido, por fin, dar el paso y dejar al imbécil de su novio. Ahora mismo, está hecha polvo, llorando sin cesar, como suele ser habitual en ella cada vez que corta con una de sus parejas. En este caso aún peor, porque el idiota la llama sin cesar. En cualquier caso, estoy segura de que a largo plazo le va a ir mucho mejor. Pronto, Ricky Smirnoff será solamente un mal recuerdo, casi una pesadilla, y se alegrará de haber salido de una relación tóxica.

Yo, por mi parte, estoy hecha un lío. Sigo colgada de Beth sin ser capaz de decírselo a nadie, y mucho menos a ella. Ahora, por lo menos, tengo totalmente claro que me gustan las chicas. El beso con Kate fue maravilloso y sueño cada noche con repetirlo, si es posible con Beth.

Cada día, acudo al trabajo temblando de emoción por estar junto a ella. Cada mañana, mi corazón se salta varios latidos cuando nos cruzamos por los pasillos del instituto. He repasado en mi mente una y otra vez lo que quiero decirle, pero no me atrevo. En el momento decisivo me quedo paralizada y temo que empiece a creer que soy idiota.

Cada noche, cuando me acompaña hasta mi casa y nos quedamos hablando en el portal, deseo con toda mi alma besar sus labios, mis piernas tiemblan al estar a su lado, mi corazón se acelera cada vez que me abraza al despedirse, pero no soy capaz de dar el primer paso.

¡Mierda! Beth tiene fama de seductora, debería de ser ella la que lo iniciase, no entiendo por qué tiene que ser todo tan complicado. Pero, cada vez que pienso que si no me decido, alguien más puede hacerlo, que otra chica podría ocupar mi lugar, se me forma un nudo en la garganta que no me deja respirar. A veces, el amor es como un tren que te lleva a tu destino y si no lo coges puede irse para siempre.

Estos días, el instituto parece estar rodeado de corazones. Todas las parejas están acarameladas, dándose mimos, y a veces, tengo la sensación de que las que no salimos con nadie somos las raras en un día como hoy. La gente no se da cuenta de la presión social que generan este tipo de costumbres.

Kate me confesó el motivo por el que rompieron, o más bien la gota que colmó el vaso,

porque el motivo fueron los continuos desplantes y faltas de respeto hacia ella.

Al día siguiente de la supuesta fiesta, Ricky la llamó por teléfono y quedaron en su casa. Mientras la desnudaba, le preguntó por qué me había puesto paranoica con el juego y le exigió que no volviese a verme. Por fortuna, Kate recuperó el sentido común y se dio cuenta de que esa relación no llevaba a ningún lado. Volviéndose a poner el sujetador y la blusa, abandonó la casa entre los insultos de su ya exnovio.

Insultos que se extendieron a mí a partir del día siguiente, porque ahora me ve como el motivo por el que Kate ha roto con él y sus amiguitos se dedican a llamarme gorda por el pasillo y otro tipo de lindezas. ¡Joder! ¡Cómo odio el puto instituto!

Capítulo 13

—Hola, chicas, necesito pediros un favor muy grande —exclama Megan, nuestra jefa, mientras Beth y yo estamos terminando de lavar los platos.

Ambas nos miramos extrañadas. Normalmente, Megan es una persona muy calmada, lleva muchos años trabajando en hostelería y está más que acostumbrada a manejar todo tipo de situaciones, así que es bastante raro verla estresada.

—Es una emergencia, no os lo pediría si no fuese absolutamente necesario —insiste con la cara desencajada.

En ese momento, Beth toma la palabra, casi leyendo mis pensamientos, y le asegura que haremos lo que podamos para ayudar.

—Necesito que una de vosotras, o las dos si queréis, me echéis una mano cuidando a mi hija de tres años. Sé que es tarde, pero me acaba de llamar la cuidadora diciendo que tiene que irse por una emergencia y yo no puedo cerrar el restaurante —explica con la voz algo acelerada.

—Por mi parte no hay problema —le aseguro, asintiendo con la cabeza—¿de qué hora a qué hora sería?

—Necesito que salgas ya, cuanto antes llegues, mejor. Yo volveré sobre las once de la noche o un poco más tarde, en cuanto cierre el restaurante, que hoy parece estar bastante tranquilo —continúa nuestra jefa.

—Megan, si quieres puedo ir yo también a echar una mano a Amelia. Se me dan bien los niños pequeños y tengo un montón de experiencia cuidando de mis hermanas —interrumpe Beth con una sonrisa por la que se podría morir.

Megan deja escapar un largo suspiro de alivio, agradeciendo una y otra vez la ayuda. Asegura que nos lo compensará antes de llamar un taxi que nos lleva hasta su casa.

—Va a ser un cambio poder estar un rato juntas fuera del restaurante —susurra Beth, acariciando mi brazo izquierdo mientras se sienta a mi lado en el taxi.

Escuchar sus palabras me hace temblar. Pensaba que simplemente quería aprovechar para tener un tiempo de descanso mientras yo me encargaba de la niña. Al fin y al cabo, se lo merece después de todo lo que tiene que trabajar. Sin embargo, algo en sus ojos me dice que realmente está contenta de pasar un tiempo conmigo. Ese pensamiento consigue que mi corazón palpite con tanta fuerza como si acabase de correr una maratón.

Sobre las ocho de la tarde, el taxi nos deja en una bonita casa con un pequeño porche de madera a la entrada. Allí nos espera una chica algo mayor que nosotras, de unos veinte años o poco más, que nos da las gracias por llegar tan pronto y nos brinda unas rápidas explicaciones antes de salir corriendo.

En un abrir y cerrar de ojos, y antes de que pueda darme cuenta, Beth está tirada en el suelo del salón, jugando con la hija de nuestra jefa, rodeada de juguetes de todo tipo. Simplemente las observo, no quiero interrumpir el inmediato vínculo que han creado y me maravillo por la facilidad que ha tenido Beth para conectar con la niña.

Tras jugar a todo tipo de juegos que no conozco de nada, la pequeña le pide a Beth que le lea un cuento antes de irse a dormir y se la lleva a su dormitorio en cuello, con cara de sueño, bostezando y frotándose los ojitos.

—Ya está —exclama Beth a los cinco minutos, pegándome un susto de muerte.

—¿Ya? ¿Qué le has dado, un somnífero? —bromeo, sorprendida de que haya podido dormir

a la niña en tan poco tiempo.

—Estaba muy cansada la pobrecita —me asegura—es un encanto de niña.

—Eres realmente buena con los críos pequeños —susurro asintiendo con la cabeza mientras termino de recoger los juguetes que se encuentran desperdigados por el suelo del salón.

Tras recordarme que tiene dos hermanas pequeñas de las que se debe ocupar a menudo, Beth confiesa que le gustaría ser profesora de educación infantil, porque le encantan los niños. A continuación, baja la mirada con pena, reconociendo que tras acabar el instituto, tendrá que trabajar para ayudar a su familia y no cree que pueda ir a la universidad.

Con el corazón en un puño, desvío la mirada, pensando lo injusto de la situación. Hasta hace relativamente poco tiempo, pensaba que mi vida era una mierda, porque solo la comparaba con la de Kate. Mi amiga dispone de todo el dinero que quiera para comprar ropa, ir a cenar, tener un coche, o estudiar en una de las mejores universidades del país en cuanto se gradúe del instituto.

Sin embargo, ahora que empiezo a conocer a Beth, me doy cuenta de que para ella mi vida puede ser tan buena o más de lo que me parece a mí la de Kate. Yo no he empezado a trabajar hasta hace unos pocos meses y mis padres han ahorrado para pagar gran parte de mi universidad. Puede que no sea una universidad de las más caras como la de Kate, pero me dan la oportunidad de estudiar fuera de casa.

Simplemente, el hecho de tener una habitación para ella sola sería un lujo para Beth. Ella debe compartir la suya con dos hermanas pequeñas y vivir no solo con sus padres, sino también con su abuela. Y todo eso en una casa mucho más pequeña que la mía.

—Tenemos dos o tres horas libres hasta que llegue Megan, ¿qué te apetece hacer? —inquiere, interrumpiendo mis pensamientos y devolviéndome a la realidad.

—No lo sé, podemos ver la tele si quieres —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Qué te parece si simplemente hablamos un rato? Hay muchas cosas que me gustaría saber de ti y nunca hemos estado juntas fuera del ambiente de trabajo. Bueno, el breve trayecto hasta tu casa cuando te acompaño hasta el portal no cuenta —tercia con su espectacular sonrisa.

—Vale, ¿qué te gustaría saber de mí? —pregunto nerviosa, retorciéndome los dedos.

—Te has puesto roja —bromea Beth, haciendo que un calor recorra todo mi cuerpo.

—No puedo evitarlo, lo siento.

—No lo sientas, me encanta que te ocurra. Tienes un punto de timidez que te hace irresistible —asegura, logrando que mi corazón se acelere.

—Bueno, dime, ¿qué quieres conocer de mí? —interrumpo.

Me he puesto tan nerviosa que ni siquiera sé por qué he interrumpido ese momento. Era casi mágico, y ahora maldigo haberlo hecho.

¡Joder! Tengo el corazón que se me va a salir del pecho en cualquier instante, mi pierna derecha baila sin parar como si tuviese vida propia y las manos me sudan.

No sé si Beth estaba flirteando conmigo, yo diría que sí, pero no tengo nada de experiencia en estos temas. Es justo lo que quería, podía haber sido mi oportunidad para confesarle que me gusta y solo se me ocurre ponerme nerviosa e interrumpirla.

—Vamos a graduarnos pronto, ¿qué harás cuando acabes el instituto? —pregunta con curiosidad.

—Me iré por el verano todo un mes a recorrer la Costa Este con Kate, bajaremos hasta Florida, es para lo que estoy ahorrando. Luego me marcharé a Texas a la universidad. ¿Y tú? —inquiero arrepintiéndome de inmediato.

—Seguramente le pediré a Megan que me contrate a tiempo completo. Si no tengo que ir a clase, podría trabajar por las mañanas en el supermercado a tiempo parcial y luego el resto de la

jornada en el Dockers. Podré ayudar bastante a mi familia con ese dinero, pero mi vida no cambiará mucho, salvo la parte de no ir al instituto —asegura, asintiendo con la cabeza.

—Joder, siento haber preguntado —mascullo con un hilo de voz.

—No lo sientas, es lo que hay. Mi familia no tiene dinero y desde que mi padre sufrió el accidente no puede trabajar. La pensión de invalidez que recibe no da para mantener una casa con seis personas. Me gustaría ir a la universidad algún día, pero eso no entra en mi futuro inmediato. ¿Qué vas a estudiar en Texas?

—Seguramente filología o periodismo. Desde siempre he querido ser escritora y viajar al mismo tiempo. No sé si podré conseguirlo, pero es el sueño de mi vida —confieso, perdiéndome en sus enormes ojos negros.

—¿Quieres viajar fuera del país?

—Me encantaría. Me muero por conocer otros países y culturas —admito casi temblando.

—A mí me gustaría mucho también —confiesa Beth, bajando la mirada como si supiese que eso no será posible, al menos en unos cuantos años.

Hablamos y hablamos, perdiendo la noción del tiempo, sintiéndome tan bien a su lado que es como si nos conociésemos de toda la vida. Por algún motivo, disfruto de cada minuto que estamos juntas y solo dese poder repetirlo cuanto antes.

—¿Sabes que estoy genial contigo? —asegura de pronto.

Me encojo de hombros e intento esbozar una sonrisa. Estoy a punto de decirle que yo siento lo mismo cuando el calor de su mano sobre mi mejilla me hace temblar.

—Eres preciosa —susurra, mirándome fijamente a los ojos y acariciándome con el reverso de la mano.

Trago saliva, me pongo colorada, tan nerviosa que me apresuro a negar con la cabeza y a contestar la primera estupidez que me viene a la mente.

—Me sobran unos kilos —respondo bajando la mirada cuando en realidad lo que mi corazón está diciendo es “bésame, por favor”.

Creo que Beth escucha a mi corazón, porque se acerca lentamente a mí y levanta mi barbilla entre sus dedos índice y pulgar.

—Eso es una bobada, estás perfecta así —suspira, apoyando su frente sobre la mía y quedándose a escasos milímetros de mi boca.

Tiemblo de miedo, preciso besarla más que el mismo aire que respiro. Mis pulmones se afanan por recibir aire y, cuando coloca sus manos a ambos lados de mi cara y su nariz roza la mía, creo que puedo morir de amor anticipando ese beso.

El sonido de la llave en la cerradura hace que las dos saltemos de golpe, colocándonos cada una en un extremo del sofá, con nuestros corazones latiendo con fuerza y maldiciendo a nuestra jefa, sin poder creer que haya regresado tan temprano.

—¿Qué tal chicas? He salido antes, no quería dejaros mucho tiempo por si la peque no se podía dormir —aclara Megan.

Tras asegurarle que la niña se ha portado de maravilla y que ha sido un verdadero placer cuidar de ella, nos despedimos de manera extraña, sin saber muy bien qué decir, dirigiéndonos cada una a su casa.

En toda mi vida, jamás había estado tan nerviosa y excitada al mismo tiempo. Mi casi beso con Beth ha sido algo maravilloso. Sus labios no han llegado a rozar los míos, pero la delicadeza con la que levantó mi barbilla entre sus dedos o el calor de sus manos en mis mejillas, fueron suficientes para que su recuerdo me acompañe toda la noche.

Ahora, estoy segura de que empiezo a sentir algo profundo por ella y creo que Beth también

lo siente por mí. Al menos, tengo claro que debo luchar por estar a su lado, sin importarme lo que pensarán mis padres. Tan solo espero no haberme equivocado.

Capítulo 14

Esa noche apenas consigo dormir. Mi mente regresa una y otra vez a Beth, a la delicadeza con la que colocó sus manos en mis mejillas justo antes de nuestro casi beso. Al cosquilleo que se extendía desde mi sexo a la parte baja de mi vientre al sentir su tacto.

¡Joder! Tengo muy claro que debo decirle lo que siento por ella, pero, me gustaría hablar antes con Kate. No tengo ni idea de si sigue enamorada de Beth, quizá ahora que lo ha dejado con Ricky pretenda volver con ella y no me gustaría entrometerme. Mierda, eso sí que sería una gran faena, no creo que pudiese soportar ver cómo mi mejor amiga se enrolla con la chica que me vuelve loca.

Armándome de valor, respiro hondo, intentando que mis piernas dejen de temblar antes de acercarme a Kate y soltarle la bomba.

—Tengo que decirte algo muy importante —comunico con el rostro muy serio nada más sentarme junto a ella.

—¡Joder! Me estás asustando, Amelia. ¡Vaya cara que traes! ¿No has dormido? —responde Kate alzando las cejas.

—Creo que me gustan las chicas —suelto del tirón, mirando alrededor por si pudiese escucharnos alguien.

Kate sonríe y lo celebra moviendo los brazos como si estuviese bailando, al tiempo que me empiezo a poner muy nerviosa.

—¿Puedes parar, por favor? Me estás poniendo histérica —solicito cogiendo su mano.

—Perdona, es que estoy contenta por ti. Me alegra que me lo hayas confesado. Y que te hayas dado cuenta de una vez ¿Alguna en concreto o es algo general?

—Beth, me estoy enamorando de Beth —reconozco con un hilo de voz apenas audible.

Kate se me queda mirando sin decir nada durante un buen rato. Su rostro es difícil de interpretar, o quizá es que estoy tan nerviosa que soy incapaz de interpretar nada de nada, pero me está poniendo de los nervios.

—¿Beth? ¡Guau! —exclama de pronto, dirigiendo la mirada hacia el otro lado del pasillo, donde se encuentran Beth y sus amigas.

—¿Eso es un guau bueno o malo? —pregunto confusa, con el corazón latiendo tan fuerte que la propia Beth podría estar escuchándolo.

—¿Ha cambiado? —pregunta con sequedad.

—Creo que sí, hablamos mucho y de todo —admito encogiéndome de hombros.

—Solo quiero que no te haga daño. ¿Ella siente lo mismo por ti?

—No lo sé, Kate. Ayer casi nos besamos, mi corazón estaba tan acelerado que creí que iba a tener un micro infarto. Nunca me había sentido de ese modo.

—Eso no quiere decir que ella sienta lo mismo.

—¡Joder, Kate! ¡Eres única quitando ilusiones! No sé si Beth siente lo mismo o no. Solo quería saber si, por tu parte, hay algún problema. No sé si sigues sintiendo algo por ella o no —le explico con mi mejor sonrisa, rogando al cielo que me diga que ya no siente nada.

—Lo mío con Beth ya es historia —responde de pronto—. Estoy empezando a tontear con una universitaria. Puedes hacer lo que quieras con ella, por mi parte no hay problema. Al final, tu trabajo en el restaurante junto al lago te va a traer algo bueno.

—Pasamos un par de horas todos los días hablando mientras fregamos los platos. Es mucho

tiempo para ir conociéndose poco a poco y creando vínculos —admito dejando escapar un suspiro.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—No lo sé, quizá un mes o más. Al principio, trataba de borrar esa imagen de mi cabeza, convenciéndome a mí misma de que era hetero. Sin embargo, nuestro beso en aquella mierda de juego de girar la botella y el casi beso de ayer con Beth, me han convencido de que lo que me gustan son las chicas. Y en concreto, Beth —confieso, asintiendo con la cabeza y mordiendo instintivamente mi labio inferior.

—¿Le vas a pedir salir?

—Creo que debería, ¿no crees? Sus señales me confunden un poco. Salvo ayer por la tarde, nunca ha intentado nada conmigo, ni me ha dicho nada, y en el instituto casi ni nos hablamos. Por otro lado, tiene fama de rompecorazones, tengo miedo de que ayer estuviese simplemente tonteando conmigo y no signifique nada realmente para ella —reconozco temblando.

—Habla con Beth. Imagino que estarás nerviosa después de lo que te pasó cuando te declaraste al imbécil de Eric Rosales, pero con Beth no te ocurrirá eso. Si no está interesada, te lo dirá, pero nunca se burlará de ti —explica Kate, dándome un abrazo que me hace olvidar momentáneamente mi nerviosismo.

***

El tiempo no parece transcurrir en lo que queda de día y mi pierna derecha se mueve sin cesar cada vez que estoy sentada. Con la mente ausente en cada clase, repaso en mi cabeza una y otra vez lo que le quiero decir, imaginando las distintas respuestas. Lo tengo tan interiorizado que casi puedo sentir sus labios sobre los míos cuando se lo diga, o mi corazón palpitando cuando su mano acaricie por primera vez mis pechos.

Inspiro una gran cantidad de aire, dejándolo salir lentamente antes de entrar en el restaurante, deseando que llegue la hora de que me envíen a la cocina para ayudar con los platos, anhelando el momento en que le abriré mi corazón.

Temblando, abro la puerta y me encuentro con Megan, que parece estar esperándome y el alma se me cae literalmente a los pies al escuchar sus palabras.

—Amelia, ¿puedes pasar directamente a la cocina? Ya ayudo yo a Izzie con las mesas, es que Beth no ha venido hoy —escucho con mi corazón deteniéndose por unos instantes.

No puedo evitar preguntar lo que ha ocurrido. En los meses que llevamos juntas en el restaurante, nunca había faltado con anterioridad. Sin embargo, Megan me dice enfadada que Beth no ha dado explicaciones, simplemente ha dicho que no podía ir a trabajar y ha colgado el teléfono.

¡Joder! Mi corazón da un vuelco al escuchar esas palabras. Mi mente es un avispero de ideas enfrentadas que no consigo frenar. Mientras lavo los platos, algunas lágrimas ruedan por mis mejillas cada vez que pienso que quizá Beth no haya venido para evitarme.

Es posible que me haya visto demasiado colgada por ella por culpa de ese casi beso del día anterior y quiera distanciarse. ¡Mierda! En el instituto estaba distante, pero siempre lo está. Eso tampoco dice nada.

Lloro de rabia, confusa, temblando. Si esa es la razón por la que no ha venido al trabajo, podría hablarlo. Si no quiere nada conmigo, basta con decirlo y punto. Joder, me había hecho tantas ilusiones con ella, ya imaginaba nuestra vida juntas, sus labios en los míos, su calor cubriendo mi cuerpo, el tacto de su piel desnuda.

Nada más salir del trabajo, envío un mensaje a su teléfono móvil, luego otro, y otro más, pero no recibo respuesta alguna. Soy incapaz de contar ya el número de mensajes fruto de la

desesperación hasta que, a las dos de la madrugada, decido dejar el teléfono en la mesita de noche y taparme la cara con la almohada para seguir llorando.

Si lo que pretende es ignorarme, con la locura de mis mensajes le he dado la excusa perfecta, porque raya en el acoso.

Capítulo 15

Me despierto sobresaltada y lo primero que hago es coger el teléfono móvil para ver si Beth ha devuelto mis mensajes. Nada. Ni siquiera los ha abierto.

Joder, me ignora por completo.

En el instituto, deambulo por los pasillos, intentando cruzarme con ella. Es cierto que hay días en los que no nos encontramos, porque no coincidimos en ninguna de las clases y es un centro muy grande. Aun así, lo normal es cruzarnos por los pasillos una o dos veces cada día. Para colmo, Kate tampoco ha venido a clase, al menos ella sí contesta a mis mensajes, me ha dicho que tiene algo de fiebre y que por eso se ha quedado en casa.

Debo controlarme para no enviar más que un par de mensajes en toda la mañana, aunque ya empiezo a ponerme muy nerviosa, porque sigue sin abrirlos.

Mierda, ahora ya no estoy preocupada por si me ignora, comienzo a pensar que quizá le ha ocurrido algo malo.

Desesperada, llamo por teléfono a mi jefa en el restaurante, preguntando si sabe algo de Beth y respiro aliviada cuando me responde que ha vuelto a llamar para decir que no irá hoy tampoco al trabajo. Megan se queja de que como no le dé una explicación coherente, ya se puede despedir de ese empleo.

Joder, es increíble que esa segunda parte de la contestación me deja indiferente. Estaba tan preocupada por si le había pasado algo que el hecho de que al menos haya respondido al teléfono me deja tranquila. Por otro lado, ahora ya estoy completamente segura de que me está ignorando, pero lo está llevando demasiado lejos. Puede decirme que no está interesada en mí y ya. No hace falta quedarse sin trabajo.

Los dos días que han pasado sin ver a Beth dejan un vacío en mi interior que es imposible de llenar. Ahora sé lo que se siente al estar enamorada de alguien, aunque en este caso, ella no sienta nada por mí. Cada minuto se me hace eterno, el tiempo no avanza, no me apetece hacer nada, solamente tirarme en la cama; escuchar canciones tristes y llorar. ¡Qué mierda, joder!

Ahora comprendo lo mal que lo pasa Kate cada vez que lo deja con una de sus parejas. Es una sensación horrible, devastadora. Como si no tuvieses ganas de seguir viviendo.

***

—Tu chica ha vuelto —bromea Izzie según entro por la puerta del restaurante al día siguiente.

Ni siquiera contesto. Me dirijo a grandes zancadas hacia la cocina, sin importarme que mi turno esté en las mesas o lo que Izzie acaba de decir o pueda pensar de mí.

—Hola, Beth —saludo, abriendo la puerta con miedo, sin atreverme a acercarme a ella.

—Hola —responde sin levantar la vista de los platos.

—¿Estás enfadada conmigo? —balbuceo nerviosa.

—¿Contigo? No, ¿por qué iba a estarlo? —inquiere extrañada.

—No has contestado mis mensajes.

—Lo sé —suspira—. Es largo de explicar. Escucha, Amelia, ya he tenido bronca con la jefa y necesito este trabajo. Te lo cuento luego, ¿vale? No tiene nada que ver contigo, siento mucho haberte preocupado —asegura con mirada triste.

Las tres horas que dura mi turno de mesas se hacen interminables, infinitas. Jamás en mi vida había transcurrido el tiempo con tanta lentitud, prácticamente se ha detenido. No consigo

concentrarme, me equivoco confundiendo el pedido de dos de las mesas, choco con Izzie, tirando una bandeja de bebida que llevaba a unos clientes. Un desastre de tarde hasta que, por fin, llegan las nueve y la jefa me dice que pase a la cocina a ayudar a Beth.

Atravieso el restaurante como una exhalación, ante la mirada divertida de Izzie que, por algún motivo, está convencida de que Beth y yo estamos saliendo juntas desde hace meses.

—Siento haberte preocupado —se disculpa en cuanto abro la puerta de la cocina.

—Pensaba que no querías saber nada de mí —admito con los ojos humedecidos.

—Eres tonta. Todo lo contrario. Quería llamarte, necesitaba hablar contigo, pero la situación en mi casa se ha vuelto un poco complicada —confiesa con el rostro desencajado—. Cuando volví a casa el día que cuidamos a la hija de Megan, me encontré con mi madre y mis dos hermanas llorando en la mesa de la cocina. Mi padre se emborrachó y pegó a mi madre, tuvo que intervenir la policía. Desde que no encuentra trabajo bebe más de la cuenta —admite con un largo suspiro.

—Joder, lo siento —susurro, apartando la mirada.

Mierda, yo sin poder dormir, preocupada de si Beth me estaba ignorando, por si no quería saber nada de mí, y la pobre chica estaba pasando por un episodio de violencia doméstica. A veces no me doy cuenta de la suerte que tengo con mi familia, aunque en ocasiones me pongan de los nervios.

—Siento mucho no haber contestado a tus mensajes, pero es que no estaba preparada para hablar de lo que había pasado. Ni siquiera contigo. Espero que lo entiendas y, por favor, no lo comentes con nadie.

—No tienes que disculparte, soy yo la que lo siente, de verdad. He sido una imbécil —le aseguro, acercándome a ella para acariciar su brazo derecho.

Durante el resto de la jornada, trabajamos casi en silencio, en mi caso, ponderando en mi mente si es un buen momento para confesarle lo que siento por ella. Estaba completamente convencida de hacerlo a la primera ocasión que tuviese, pero con lo que ha pasado estos días, quizá no sea el mejor momento para hacerlo.

Desvío la mirada y me pongo roja cada vez que nuestros ojos se encuentran, temiendo que Beth piense que soy una idiota. El silencio se me hace tan incómodo, tan pesado, que casi puedo sentirlo en la piel.

Hoy no puede ser el día. Ni ella ni yo estamos preparadas para esto. Estoy segura de que lo estropearía todo entre nosotras si le digo algo. Mierda, ¿por qué tiene que ser el amor tan complicado?

—¿Puedo acompañarte a tu casa? —pregunta cuando se acaba la jornada de trabajo.

—Claro —contesto nerviosa, con el corazón latiendo con fuerza.

Caminamos despacio, hablando de todo y de nada. Del instituto, del próximo verano, del trabajo. Tiemblo cada vez que nuestros cuerpos se rozan accidentalmente al caminar. Maldigo en mi interior el momento en que mi edificio aparece ante nuestros ojos, deseando que estuviese mucho más lejos, anhelando que pasen unos días para poder confesarle lo que siento por ella.

—Amelia —exclama de pronto, cogiéndome por el codo cuando entramos en mi portal.

Jamás escuchar mi nombre me ha parecido tan bonito. Me pierdo en sus enormes ojos negros sin saber qué decir, con las manos sudorosas de los nervios, sin conseguir que una sola palabra salga de mi garganta. Incapaz expresar lo que siento.

—Te debo un beso desde hace varios días —susurra, acercándose a mí y colocando su frente sobre la mía.

Permanecemos unos instantes quietas, tiemblo cuando coloca de nuevo la palma de sus

manos en mis mejillas, como hizo aquella noche. Creo morir de amor cuando su nariz roza la mía al acercarse un poco más.

Se me escapa un suspiro al sentir sus labios sobre los míos. Beth me deja explorar con calma, sentir su suavidad mientras presiona mi cuerpo ligeramente contra la pared.

Cierro los ojos y no puedo evitar que se me escape un ligero gemido contra su boca justo en el momento en que la punta de su lengua se encuentra con la mía. Llevo las manos a su nuca y me abrazo a ella como si no quisiese separarme jamás, queriendo que ni siquiera el tiempo pueda romper ese mágico momento.

No me importa la hora. Tampoco el lugar, ni si mis padres pueden estar esperándome en casa o algún vecino me pilla besándome con una chica en el portal. Todo desaparece, solo estamos Beth y yo. En ese momento, mientras recorre mi cuello con pequeños besos y su muslo se cuela entre mis piernas, sé que es con ella con quien quiero estar el resto de mi vida.

—Joder, y yo que llevaba toda la tarde pensando en cómo decirte lo que siento por ti —confieso entre suspiros.

Beth se separa ligeramente y me sonríe. Una sonrisa tan sincera que tengo que hacer un esfuerzo para que no se me escape un suspiro.

—Debí hacer esto hace tiempo, pero no sabía si querrías estar conmigo —susurra junto a mi oído, justo antes de besar el lóbulo de mi oreja.

—Eres el objeto de deseo de todas las lesbianas del instituto y de la mitad de las que no lo son —admito, empezando a sentir ciertas dudas al escuchar mis propias palabras.

—Tengo fama de ir rompiendo corazones, pero no soy así. Más bien me lo rompen a mí —reconoce acariciando mi mejilla derecha con el reverso de su mano.

Un nuevo beso borra por completo cualquier atisbo de duda. Sentir el roce de sus pechos sobre los míos o escuchar su respiración acelerada mientras nos besamos me transporta al paraíso. Solo el sonido de la voz de mi madre desde la puerta de mi casa preguntando si estoy en el portal me devuelve a la realidad.

Esa noche, tan solo puedo pensar en Beth; en su sonrisa, en sus suaves labios rozando los míos, en su cuerpo empujándome ligeramente sobre la pared. Soy tan feliz que apenas puedo dormir, aunque poco importa. Ahora sé que estoy enamorada y que quiero estar con ella para siempre.

Capítulo 16

—Me habías prometido que iríamos juntas al baile de fin de curso si en ese momento no estaba con nadie —recrimina Kate enfadada cuando le cuento que he empezado a salir con Beth y que le pediré que me acompañe.

Me quedo petrificada, sin saber qué contestar. Es cierto que le había prometido que iría con ella si en ese momento no tenía pareja. Después de todo, eso era algo poco probable al tratarse de Kate. Pero, joder, tiene que entender que ahora Beth es mi novia, no puedo dejarla tirada para ir al baile con una amiga, por mucho que lo haya prometido hace meses.

Entiendo que Kate pueda sentirse un poco desplazada, o al menos, que tenga miedo de estarlo en un futuro. Siempre he estado allí cuando me ha necesitado, para cualquier cosa, es lógico que piense que eso puede cambiar. Yo misma me he sentido así muchas veces con sus parejas, sobre todo con Ricky Smirnoff, que se empeñaba en que Kate no hablase conmigo. Y ella le hacía caso.

De cualquier modo, precisamente porque lo he vivido en mis propias carnes, siempre he pensado que yo no haría lo mismo. Siempre supe que tendría mucho cuidado de seguir manteniendo su amistad cuando tuviese pareja. Ambas cosas no son incompatibles y Beth no me parece la típica chica que se cuelga de ti las 24 horas del día.

Mierda, en el fondo, me gustaría cambiar a Kate por Beth tanto para el baile de fin de curso como para el viaje del verano, eso sí que sería increíble.

Me tiemblan las piernas solo de pensar lo preciosa que estaría Beth en un bonito vestido que dejase ver sus hombros. Me imagino a mí misma bailando pegada a su cuerpo mientras nos besamos.

—Kate, me has dicho que estás con una chica que va a la universidad —me quejo molesta.

—Estoy tonteando, no saliendo con ella. Además, una chica universitaria no va a venir al baile de fin de curso de un instituto ni en broma. Ni siquiera quiere que me vean con ella hasta que me gradúe —explica con un bufido.

—Es injusto. Yo siempre te he apoyado con todas tus parejas, buenas o malas. He estado ahí para lo que necesitabas y me he apartado cuando querías estar con ellos. No puedes pedirme ahora que no vaya al baile con mi novia —protesto, negando con la cabeza.

—Es que desde que nos hemos visto esta mañana no has hecho otra cosa que hablar de la jodida Beth. De sus labios, de su cuerpo, de su personalidad. Vete a la mierda, Amelia. Tú la acabas de conocer, yo salí con ella durante siete meses. Ya sé cómo es, ya sé que te transportará al paraíso cuando te folle. No me lo tienes que restregar en la cara para hacerme ver que tú eres mejor que yo —replica nerviosa, pegando un manotazo en su taquilla que hace que varios de los alumnos se giren para ver lo que ocurre.

—No…no pretendo eso y, además, no he llegado a tanto con ella —balbuceo con un hilo de voz, sin poder comprender su ataque de celos.

—Es que solamente te falta decirme que no vendrás conmigo al viaje este verano y lo harás con Beth.

—Sabes que no lo haría, Kate. No sé a qué viene todo esto. Nada va a cambiar entre nosotras, solo que ahora tengo pareja. Por supuesto que haré ese viaje contigo, llevo ahorrando todo el jodido año para ello —le aseguro con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Mira, haz lo que te dé la gana —espeta, dándose la vuelta y alejándose de mí a grandes

zancadas.

Me quedo sentada en uno de los bancos del pasillo, abrazando las rodillas, ajena al ajetreo de los estudiantes que se dirigen a las clases, sin molestarme en secar las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—¿Qué te ocurre? —pregunta una voz frente a mí.

Levanto los ojos con pereza para observar unas interminables piernas envueltas en pantalones vaqueros y perderme, un segundo más tarde, en unos preciosos ojos negros.

—Es Kate, no se lo ha tomado bien —reconozco entre sollozos.

—Bienvenida a mi mundo —admite Beth, levantando mi barbilla entre sus dedos índice y pulgar—. ¿Quieres contarme lo que ha pasado?

—Te perderás las clases.

—Tú también, si sigues ahí sentada llorando. Y yo no tengo ninguna nota media que mantener para entrar en la universidad porque no podré ir —tercia, encogiéndose de hombros.

Dejo escapar un larguísimo suspiro al sentir sus manos en las mías, ayudándome a levantarme. Un suspiro que se transforma en un diminuto gemido apagado cuando, cerrando los ojos, ladeo la cabeza al sentir el reverso de su mano secar con delicadeza las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Ya fuera del instituto, paseando sin rumbo con los dedos entrelazados, le cuento lo que ha ocurrido con Kate. Su pequeño gran ataque de celos cuando le he dicho que no iría con ella al baile de fin de curso, o cuando me ha echado en cara que le cuento lo feliz que estoy para darle envidia.

—Ni siquiera puedo ir al baile de fin de curso. Ni contigo ni con nadie, no hay razón para que se enfade. No puedo pagar la entrada y mucho menos un vestido —explica Beth con la mirada algo triste.

—Yo te lo pago, tengo ahorrado casi todo el dinero que he ganado en el restaurante —me apresuro a contestar.

—No —responde tajante—. Eso es precisamente lo que no quiero. La situación de mi familia es la que es, pero no salgo con alguien para que me ayude económicamente. Joder, ese ha sido el mayor problema que he tenido con Kate. Estaba todo el día ofreciéndome el dinero de sus padres para que pudiese comprar ropa o queriendo ir a cenar a sitios caros que solo ella podía pagar. Claro que me gustaría poder pagar la entrada del baile o comprar ropa cara, pero no puedo. Si quieres que empecemos con buen pie en esta relación, por favor, respeta eso y no me hagas sentir mal —expone, apretando mi mano entre las suyas.

—Y yo que te iba a pedir que vinieses con nosotras de viaje hasta Florida —bromeo apoyando mi cabeza en su hombro.

—Eso sería muy cruel, pero no solo por el dinero. ¿Cómo pretendes que pueda compartir habitación contigo sin hacer nada durante un mes? Porque Kate nos mataría si lo hacemos —ríe Beth con un seductor guiño de ojo que me hace temblar.

El tiempo parece volar a su lado, caminamos con nuestros dedos entrelazados, deteniéndonos solamente para intercambiar algún beso. Hablamos de un montón de cosas, como si nos conociésemos de toda la vida, como si hubiésemos nacido para estar juntas.

—No quiero que te pierdas el baile de fin de curso por mi culpa. Debes acompañar a Kate y pasarlo bien. Es una vez en la vida —exclama, colocando su frente sobre la mía cuando me deja junto a mi casa tras faltar a las últimas tres horas de clase.

Al despedirse con un maravilloso beso, mi corazón late desbocado. Nunca había sentido esto con nadie, todavía puedo verla alejarse de camino a su casa y ya la echo de menos. Creo que

bendeciré cada día por haber decidido dejar mi currículum en aquel restaurante junto al lago.

Capítulo 17

—¿Lleváis dos días saliendo y ya no puedes vivir sin Beth? —ladra Kate cuando la llamo por teléfono para decirle que, finalmente, iré con ella al baile de fin de curso.

Pensaba que se alegraría de saberlo. Iremos juntas, como ella quería, y no he tardado ni una tarde en confirmárselo. Quizá Beth tenga razón y Kate está pasando por un ataque de celos que yo no estoy sabiendo gestionar bien.

—Y luego cuando te vayas a Texas a la universidad, ¿qué vas a hacer con ella? ¿Te la vas a llevar contigo en la maleta o quizá piensas que tu preciosa novia va a estar aquí esperándote sin irse a la cama con nadie? —insiste, removiendo la herida.

Hasta este instante, ni siquiera lo había pensado. El curso se acaba y luego me voy un mes entero de vacaciones con Kate. Eso me deja nada más que mes y medio para estar junto a Beth y luego…la universidad.

Texas está muy lejos de aquí, solamente podré venir en Navidades o en verano. Y las relaciones a distancia a nuestra edad no son muy convenientes. A ninguna edad, realmente, pero con dieciocho años son un peligro y más teniendo el cuerpo que tiene mi novia.

Joder, qué mierda. Dejo el teléfono sobre la mesita de noche y cubro mi cara con las manos, sintiendo las lágrimas brotar de mis ojos, sollozando sin poder manejar mis sentimientos, hasta que mi madre entra en el dormitorio.

—¿Qué te ocurre? —pregunta sorprendida al verme llorar—. ¿Ya has tenido los primeros problemas con Beth?

Ayer, le conté que había besado a una compañera de trabajo, mi primer beso, porque el que me había dado Kate en aquella fiesta asquerosa, ni lo cuento. Le expliqué que habíamos empezado a salir, mientras mi cuerpo temblaba sin saber cómo iba a reaccionar mi madre. Lo cierto es que se lo tomó muy bien, se alegró mucho por mí, aunque estaba sorprendida, porque nunca había mostrado interés por ninguna chica. Más bien todo lo contrario, había pasado años enamorada platónicamente del idiota de Eric Rosales.

—Quizá lo de Kate no sean solamente celos de saber que estás con su exnovia. Puede que se sienta desplazada porque no la has incluido en tus planes como has hecho siempre, nada más —explica mi madre, sentándose junto a mí en la cama.

—Lo lógico es que vaya con mi novia al baile de fin de curso, no con una amiga. De hecho, íbamos a ir juntas solo en el caso de que ella no tuviese pareja cuando llegase ese baile. ¡Fíjate si soy idiota! Desde el principio he aceptado que yo sería el segundo plato para Kate. Si tenía pareja, iría acompañada y si estaba sola, allí estaría la tonta de Amelia como siempre para consolarla. Mamá, en el fondo Kate es una egoísta —me quejo, negando con la cabeza y dejando escapar más lágrimas de mis ojos.

—Yo no diría que es una egoísta —responde mi madre con tranquilidad—. Simplemente, es lo que habéis hecho siempre y ahora está confusa. Eso es todo. ¿Por qué no lo habláis con calma? Seguro que todo se arregla entre vosotras. Sois mejores amigas desde que erais unas niñas, lo mejor es hablarlo.

Asiento con la cabeza, haciendo nota mental de hablar con Kate al día siguiente en el instituto. Ambas tenemos libre la segunda hora de clases y solemos pasarla tomando algún refresco en la cafetería. El teléfono es un poco frío para este tipo de cosas, prefiero hablarlo en

persona. Quiero que sepa que, de verdad, estoy muy disgustada.

***

Al día siguiente, en el instituto, la primera hora se pasa lentísimo. Química orgánica para mí es la muerte, no sé por qué he elegido esa clase cuando yo lo que quiero es ser escritora. Observo una y otra vez el reloj de la pared, deseando que las manillas avancen, desesperada hasta que, por fin y con algo de retraso, llega el final de la clase.

Salgo del aula como una exhalación hacia la cafetería. Normalmente, Kate suele estar allí esperándome, sentada en nuestra mesa favorita, pero esta mañana no hay ni rastro de ella. Deambulo por la cafetería como una boba, intentando no chocar con nadie, lo último que necesito es tropezar y tirarle a alguien la bandeja encima.

Angustiada, ni siquiera sé dónde buscar. Una gran parte de los alumnos ha desaparecido y solo quedan los que tienen libre la segunda hora. Corro por los pasillos sin una dirección fija, imaginando en vano que veo a Kate en cualquier rincón. O a Beth, daría cualquier cosa por llorar en el hombro de Beth en estos momentos, pero sé que está en clase y Kate desaparecida.

Mis pasos me llevan, sin saber muy bien por qué, a la biblioteca. Realmente, casi nadie la usa ya para estudiar y mucho menos para buscar información. Hoy en día, con internet, casi todos los recursos son digitales y cuando necesitamos buscar algo, Wikipedia y Google son una maravilla. Ahora, la biblioteca se usa más bien para otras cosas, es un lugar ideal para liarte con alguien en algún rincón sin que te molesten.

Y mi corazón se salta varios latidos al observar a Kate con una chica de cabello rubio que está sentada de espaldas. Han elegido una zona escondida, con dos sillas cómodas, seguramente para tener intimidad. Imagino que quizá sea la universitaria con la que dice que está tonteando, porque están cogidas de la mano, aunque es raro que haya venido hasta el instituto.

Sin importarme demasiado quién sea esa chica o lo que estoy interrumpiendo entre ellas, camino hacia Kate, dispuesta a dejarlo todo claro entre nosotras.

Quiero que sepa que ella seguirá siendo mi mejor amiga, como lo ha sido todos estos años, pero que mi novia va primero. Me gustaría que comprenda que las dos cosas no son incompatibles y que podemos seguir pasando mucho tiempo juntas. Quiero decirle tantas cosas…

—Bue…buenos días, profesora Larson —balbuceo cuando me doy cuenta de que la persona que acompaña a Kate no es su supuesta novia universitaria, sino una profesora en prácticas en el instituto.

La profesora Larson dibuja una sonrisa algo forzada en sus labios y se excusa con educación, nerviosa, diciendo que tiene mucho trabajo que hacer, dejándonos a solas.

—Amelia, por favor, de esto no puede enterarse nadie —ruega Kate con el rostro desencajado.

—¿Ella es tu…tu universitaria? —pregunto con un nudo en la garganta.

—Me tienes que jurar que no se lo dirás a nadie. La pueden despedir por esto —insiste Kate, apretando mi mano entre las suyas.

—Creí que estaría en primero de carrera, no haciendo prácticas como profesora en el instituto.

—Joder. Tiene 22 años y yo tengo 18. Si no fuese una profesora en prácticas y yo una alumna, nadie se extrañaría. Si ocurriese lo mismo el año que viene, en la facultad, no pasaría absolutamente nada. Ahora, de momento, nadie lo puede saber —solicita con mirada suplicante.

—Yo soy una tumba, no te preocupes —le aseguro—. ¿Por eso no puede ir al baile de fin de curso contigo?

—Estará en el baile, pero no irá conmigo. Ese es el motivo por el que es tan importante que vaya al baile. Y no puedo ir sola, porque sería una vergüenza.

—Ya, claro, la popular Kate no puede ir al baile sola, pero la pobre Amelia sí podría haber ido —bromeo, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, he sido una idiota —se disculpa, encogiéndose de hombros.

—Las dos lo hemos sido —afirmo abrazándome a ella.

Nos fundimos en un abrazo sincero, uno de esos que consiguen que te olvides de todo y perdones cualquier ofensa o malentendido. Uno de esos abrazos con los que no se necesitan palabras, de los que hablan por sí mismos y nos hacen comprender que todo seguirá igual entre nosotras, que seguiremos siendo mejores amigas aunque nuestro corazón pertenezca a otra persona.

Capítulo 18

BETH

Se me humedecen los ojos mientras ayudo a Amelia a prepararse para el baile de fin de curso y mi corazón se salta varios latidos cuando se desprende del sujetador para ponerse el vestido. Joder, está preciosa solo con las bragas y juro que si no fuese porque vamos muy mal de tiempo, saltaría sobre ella en estos instantes.

—Sé lo que estás pensando, pero ahora no puede ser —bromea, poniendo los ojos en blanco con una sonrisa repleta de picardía.

Lleva puesto un vestido burdeos de gasa que deja al aire sus hombros, con volantes y apertura frontal. Cuando me coloco detrás de ella para subirle la cremallera, no puedo evitar deslizar las manos por sus costados, percibiendo la suavidad de su piel hasta cubrir sus senos mientras beso su cuello.

—Eres preciosa —susurro a su oído, consiguiendo que se le ericen los pelos de la nuca.

—Tienes que parar porque no puedo ir al baile en estas condiciones, además de que se nos hace tarde —reconoce, ladeando la cabeza para ofrecerme su cuello y dejando caer parte de su peso sobre mí.

—Se me va a hacer eterna la espera. Lo sabes, ¿verdad? —admito entre suspiros, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad para retirar mis manos de sus pechos y subir la cremallera del vestido.

Amelia se gira y nos quedamos frente a frente durante unos instantes, mis manos en su cintura, las suyas rodeando mi cuello mientras su pecho se hincha con cada profunda respiración, antes de fundirnos en un beso que parece no tener fin.

Maldigo el sonido del timbre de su casa, indicando que Kate ha venido a buscarla. Joder, llega en el peor momento. Aunque sepa que no hay nada entre ellas, se me hace un poco extraño que mi novia y mi ex vayan juntas al baile. Nunca he sido celosa, pero con Amelia es diferente, por algún motivo, siento un vínculo con ella superior a cualquier otra relación que haya tenido con anterioridad.

Es como si el universo o el destino nos hubiese unido. Una extraña sensación de que es la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida. No quiero ni pensar lo mal que lo pasaré cuando se vaya a Texas a la universidad, eso significará no poder vernos durante meses.

—Cuida bien de mi novia y que corra el aire entre vosotras si bailáis juntas —bromeo, dirigiéndome a Kate y deseando ser yo la que está en su lugar.

Al ver cómo Amelia se aleja y se monta en el coche de Kate, se forma un vacío en mi interior como jamás había sentido. Observo cómo el vehículo se pierde en la lejanía, en dirección al instituto, con una lágrima solitaria rodando por mi mejilla derecha.

AMELIA

Tiemblo al desprenderme de la camiseta y el sujetador para quedarme casi desnuda frente a Beth antes de ponerme el vestido. Es la primera vez que me desvisto ante ella y casi puedo sentir sus ojos recorrer mi cuerpo como si fuese una caricia.

—Sé lo que estás pensando, pero ahora no puede ser —le advierto meneando la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

Me coloco el vestido a toda prisa porque, en estos instantes, no es que no me fíe de que Beth

se pueda contener, es que no me fío de que yo pueda hacerlo. Ella se sitúa detrás de mí para ayudarme a subir la cremallera, pero solamente logra subirla un par de centímetros; antes de seguir, se pega a mi cuerpo, besando mi cuello y deslizando las manos por mis costados hasta cubrir mis pechos.

Es la primera vez que siento el calor de sus manos en mis senos y, ladeando el cuello, no puedo contener varios gemidos apagados cuando mis pezones se endurecen entre sus dedos.

Se me pone la piel de gallina con cada una de sus caricias, me estremezco con cada suave beso sobre mi cuello y he de hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para pedirle que se detenga, porque empiezo a estar demasiado excitada.

El tiempo parece detenerse en cuanto me giro y rodeo su cuello con mis brazos. Nos perdemos en un beso tan perfecto, que me olvido hasta de mi nombre. Si no llega a ser por el timbre de la puerta, creo que para mí se hubiese acabado el baile en este mismo instante. O, más bien, se habría trasladado a mi dormitorio, aunque puede que sin ninguna prenda de ropa.

Mientras me alejo en el coche de Kate en dirección al instituto, mi cabeza es un avispero de sentimientos agridulces. Por un lado, tengo muchas ganas de ir a este baile; es, junto a la graduación, el acontecimiento más importante de nuestra etapa en el instituto. Por otro, hubiese preferido un millón de veces hacerlo con Beth, aunque la veré al terminar, porque mi madre ha permitido que se quede a dormir en mi casa siempre que nos comportemos, cosa que no veo posible.

***

El gimnasio del instituto se convierte en una improvisada pista de baile donde un DJ se afana por pinchar los éxitos del momento, aunque la mayor parte de los alumnos están todavía sentados en las mesas o de pie, haciendo pequeños grupitos alrededor de la comida.

Saludamos a unos y a otros, en algunos casos, haciendo un esfuerzo por reconocerles de lo cambiados que están vestidos con ropa formal, sobre todo las chicas, con elaborados peinados y maquillaje. Eso sin contar los tacones, que hacen parecer a alguna medio metro más alta.

Aunque el alcohol está prohibido al ser un baile de instituto, no es demasiado complicado encontrar botellas de todo tipo de bebida que han conseguido camuflar algunos de los estudiantes. Se venden a buen precio, al igual que otro tipo de sustancias a las que prefiero no acercarme.

Todo el mundo disfruta del momento. Las parejas parecen más unidas que nunca, besándose mientras bailan, pero incluso los que han venido sin pareja se lo están pasando bien.

Todos, excepto yo. No consigo meterme en la fiesta, no consigo disfrutar, mi cabeza está en otro sitio o, más bien, en otra persona.

En la portadora de unos preciosos ojos negros a la que veré en apenas unas horas, en cuanto esto se acabe.

Capítulo 19

AMELIA

Salgo de la fiesta lo más pronto que puedo, con el consiguiente enfado de Kate, que ha bebido un poco más de la cuenta y decide seguir en el baile. En condiciones normales, no la dejaría sola, pero tiene la suerte de quedar en buenas manos. La profesora en prácticas Larson se ha quedado con ella y evitará que siga bebiendo.

Con el corazón acelerado, saco el teléfono móvil para decirle a Beth que me dirijo hacia mi casa, ella debe estar más o menos terminando su turno en el restaurante y estoy tan nerviosa que me cuesta respirar.

Justo cuando mi madre abre la puerta para dejarme entrar y asegurarse de que no he bebido alcohol, escucho una conocida voz que se acerca gritando mi nombre. Una voz que consigue hacerme temblar como un flan cada vez que la oigo.

—Así que tú eres la famosa Beth —exclama mi madre, sonriendo y observándola de arriba abajo.

—La misma —responde ella, un poco cortada al ver que mi madre no le quita ojo.

—Los últimos días estás haciendo muy feliz a mi hija, así que, como madre, debo agradecértelo —añade mi madre, consiguiendo que me ponga roja como un tomate.

—Ella también me hace muy feliz a mí, supongo que estamos en paz —expone Beth con naturalidad, sin perder la compostura.

Una vez que entramos en casa, mantenemos la típica conversación totalmente banal con mi madre, que no quita ojo a Beth, aunque lo que realmente quiero es que deje de hablar para que podamos ir a mi dormitorio.

—En vista de que ya habéis cenado las dos, podéis iros cuando queráis, pero no quiero escuchar ruiditos, ya sabéis lo que quiero decir, gemidos y eso. Es un poco incómodo para una madre —advierte, elevando las cejas y poniéndome muy nerviosa.

—Mamá, por favor, ¡me estás avergonzando! —me quejo negando con la cabeza.

Beth se encoge de hombros y suelta una carcajada, asegurando a mi madre que seremos buenas y cuando coge mi mano y entrelazamos nuestros dedos para subir a mi dormitorio, creo morir de amor. Ya no me importa que mi madre esté delante, me acerco a ella y beso suavemente sus labios. Es tan solo un pequeño beso, pero instintivamente, desvío la mirada hacia mi madre que nos mira con una sonrisa entre orgullo y melancolía. Supongo que se ha dado cuenta de la que era su niña, se ha hecho mayor.

Ya en el dormitorio, Beth me coge por la cintura, acercándome a su cuerpo y cierro los ojos, sintiendo su calor, rodeando su cuello con los brazos antes de besarla.

—Eres preciosa, pero eso ya lo sabes —susurra, apoyando su frente en la mía.

Solamente puedo morder mi labio inferior, sacudiendo la cabeza antes de volver a lanzarme a por su boca. En una décima de segundo, borramos de un plumazo la poca distancia que nos separa, cayendo sobre la cama, su cuerpo sobre el mío, mientras sus suaves labios recorren mi cuello con pericia, haciéndome estremecer.

Me va desnudando poco a poco, todo mi cuerpo temblando de anticipación, mi piel ardiendo bajo sus manos y, cuando por fin me cubre con su cuerpo desnudo, soy la persona más feliz del mundo. Solo quiero besarla, gritar, acariciarla, que me haga enloquecer de amor. Es una

sensación maravillosa, mucho mejor de lo que había soñado, cada una de sus caricias, de sus besos, consigue que todo a mi alrededor desaparezca. Me transporta a otra dimensión.

No sé si mi madre es capaz de escucharnos o no desde su dormitorio, pero no me importa. Supongo que a ella tampoco. Es una primera vez preciosa, no podría pedir más y en estos instantes, solo quiero estar junto a Beth, ahora y siempre, sin separarnos jamás.

Con su cuerpo desnudo pegado al mío, recuesto la cabeza sobre su pecho, regalándole pequeños besos en los pezones mientras ella peina mi cabello entre sus dedos. Es una sensación de paz tan maravillosa que puede competir perfectamente con los momentos de pasión que acabamos de tener.

—Te voy a echar muchísimo de menos, va a ser muy duro —admite, besando mi frente.

—Me voy solamente un mes y prometo llamarte a diario. Te traeré un recuerdo de Florida, te lo prometo —le aseguro, abrazando su cuerpo con fuerza.

—Sabes que no me refería a eso. Va a ser insoportable para mí cuando te vayas a Texas, a la universidad. Empiezo a no poder imaginar mi vida sin ti —confiesa con un largo suspiro.

—¿Estás llorando? —pregunto extrañada.

Beth gira su cuerpo sin contestar, mira hacia el lado contrario, sin querer mirarme. Siempre ha tenido fama de dura en el instituto, de rompecorazones. Sé que, en el fondo, es una romántica empedernida, pero el hecho de que se le estén escapando unas lágrimas me rompe el corazón.

—Llorar no te hace más débil —le aseguro entre susurros, separando su melena para besarle la nuca—. Además, de lo de Texas ya no tienes que preocuparte, no me voy a ningún sitio. Iré a la universidad a cuarenta y cinco minutos de aquí. Tendrás que aguantarme todos los días.

Beth se gira confusa, secándose con la palma de la mano las lágrimas que ruedan por sus mejillas antes de empezar a hablar.

—¿Te…te quedas aquí? ¿Por mí? —balbucea, abriendo sus enormes ojos negros como platos, como si no pudiese creer lo que estoy diciendo.

—Sí, Elizabeth Preston, me quedo contigo. No te vas a librar de mí tan fácilmente —bromeo, dando un pequeño golpecito con mi dedo índice en la punta de su nariz.

Solamente por observar su bella sonrisa en este preciso instante, merece la pena cualquier sacrificio. Me abraza con fuerza, cubriéndome de besos mientras ambas lloramos como dos tontas, besos salados llenos de amor y pasión.

Estoy segura de que el universo me ha enviado una señal el día que acabé dejando el currículum en aquel restaurante junto al lago. Poco sabía entonces que allí encontraría a mi alma gemela, a la persona con la que quiero pasar el resto de mis días.

Si estamos juntas, sé que podremos superar cualquier obstáculo, por grande que parezca. En estos momentos, abrazada a su cuerpo desnudo, sé que es justo donde quiero estar, a su lado.

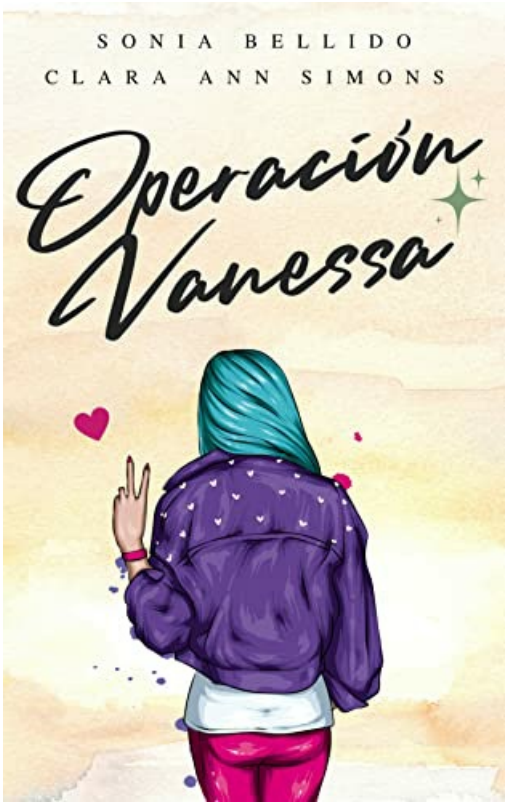
Otros libros de la autora

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes:

Bajo la misma red https://relinks.me/B0CFWQH2LZ



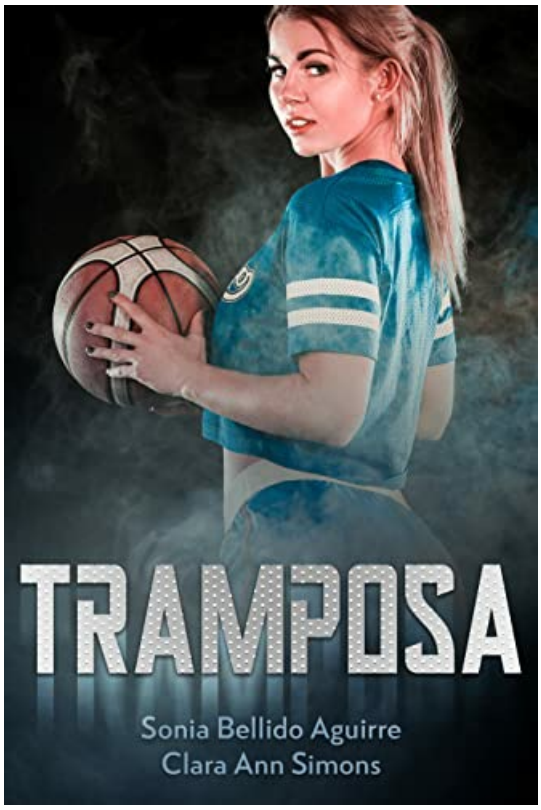
Operación Vanessa https://relinks.me/B0C6MNC5HV



Mentirosa https://relinks.me/B0BB8BCGBL



Tramposa https://relinks.me/B09J2LGZ5T



Enfrentadas https://relinks.me/B09SDMR6F6



La caza https://relinks.me/B09YCHDTVH

